

2008  
C2



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

## **Panorama de la crítica literaria chilena en el periodo 2000-2006**

**A propósito del affaire Bonsái y el poder disruptor de la polémica**



**Memoria para obtener el título de periodista**

Alumna: Daniela Acosta Belaunde

Profesora Guía: Patricia Espinosa

Santiago, mayo de 2008

## Agradecimientos

A Patricia Espinosa, por supuesto, por su gran paciencia y confianza en todo el desarrollo de este largo trabajo.

A Eduardo Peñafiel.

A Marcelo Morales y Graciela Marín.

A los entrevistados.

A Georgina Gálvez y Daniel Acosta.

A todos ellos, les agradezco el apoyo y cariño entregado.

## Índice

1. A propósito del affaire Bonsái o El poder disruptor de la polémica en torno a Bonsái	6
2. El tema y su importancia. Síntesis de la investigación y su problemática. La función versus las prácticas	10
-A lo que vamos	10
-De tesis	11
-Un camino sin asfalto	14
-Sólo para peritos	16
2.2 Quién es quién. Los teóricos y los críticos	18
-Los nunca bien ponderados teóricos	18
-Los críticos	22
3. Ideología	25
3.1. En el conflicto surgen las ideologías	27
3.2. Algunas consideraciones preliminares	32
4. Buscando definiciones	33
4.1 ¿Acaso existe la crítica ideal?	33

4.2 Función crítica	38
4.3 Crítico...¿un ideal?	40
4.4 Crítica medial	48
4.5 Función(es) de la crítica periodística	54
4.6 Crítico periodístico	57
4.7 Academia literaria	60
4.8 Prensa versus Academia	63
5. El territorio. El ejercicio de la crítica literaria en prensa (estudio de campo)	68
5.1 Animal crítico. Brevísimas historia de la crítica literaria en prensa chilena	68
5.2 Vicios críticos: del amiguismo descarado a la simple falta de tiempo	74
5.3 ¿Crítico yo? Nadie carga con el muerto	79
5.4 Títeres y titiriteros: las presiones de la industria editorial	83
5.5 Mercado y medios	88

6. Bitácora de exploraciones que no llegan a puerto	91
6.1 Revista de Libros, la más constante	91
6.2 La Tercera va última	95
6.3 Nostalgias y realidades de la experiencia Rocinante	97
6.4 El mito de la nueva generación de críticos. El medio es el mensaje	101
6.5 Estado de la crítica actual	105
7. Consideraciones finales	111
8. Fuentes Testimoniales	118
9. Fuentes Bibliográficas	121

## 1. A propósito del affaire Bonsái o El poder disruptor de la polémica en torno a Bonsái

El asunto fue más o menos este: Alejandro Zambra (literato, autor de dos libros de poesía, crítico por más de tres años de *Las Últimas Noticias* y coordinador de la carrera de Literatura de la Universidad Diego Portales) lanzó a través de la Editorial Anagrama *Bonsái*, su primera novela. Las reacciones de los críticos oscilaron entre un fanatismo que lo llegó a nombrar sucesor de Bolaño y los que dijeron que se trataba de apenas un intento fallido de algo que no pasaba de ser un cuento largo. Pero eso no fue todo, la seguidilla de columnas y críticas se fueron alejando explícitamente de la obra y *Bonsái* era casi lo último que se nombraba. Los egos, figuras, posiciones en el ambiente literario y rencillas que parecían añejas sumaron párrafos y párrafos en la prensa chilena. Los cruces de epítetos llegaron al punto de que si se gustaba de la obra se era un amigo del autor y, en caso contrario, si se la encontró mala se trataba de simple envidia.

Luego de ser lanzada en España<sup>1</sup> fue Sergio Gómez<sup>2</sup>, editor general de Editorial Planeta quien el 5 de febrero de 2006, en el *Diario Siete*, dijo que Zambra era un mal clon de Roberto Bolaño. La respuesta no se hizo esperar y el 23 de marzo del mismo año, Mao Tse Tung<sup>3</sup>, crítico de *The Clinic* alabó la obra de Zambra, pero antes dedicó un par de párrafos para decir que el autor de *Bonsái* le había arruinado la fama

---

<sup>1</sup> En dicho país el cariz de las críticas fue más bien de difusión. Baste citar el elogioso comunicado que la agencia EFE distribuyó y que el sitio web Terra Chile publicó: "(El chileno Alejandro Zambra) Con su primera novela ha conseguido el elogio unánime de la crítica literaria de su país, que lo ve como el mayor representante de la nueva literatura chilena". O lo que hizo Arturo García Ramos para el ABCD Las Artes y las Letras, que se trataba de una reseña. Favorable, pero reseña al fin y al cabo: sin análisis, como si fuera la contratapa del libro. El crítico Joaquín Marco, por su parte, publicó en *El Cultural* una crítica donde elogia la "sencillez, claridad y objetivismo" de la obra de Zambra.

<sup>2</sup> *Diario Siete*. Chile. Pag. 45. 5 de febrero de 2006.

<sup>3</sup> *Quincenario The Clinic*. Chile. Pag. 33. 23 de marzo de 2006.

a algunos autores como Poli Délano y Gonzalo Contreras. Además, trató de describirlo a Sergio Gómez, aludiendo que la envidia se le notaba de lejos, tanto a él como a otros “malos prosistas”. En el número siguiente del quincenario se publicó la respuesta del aludido Contreras. En la misma página, *The Clinic* publicó la respuesta y le dio la posibilidad a Mao de leerla y contestarla a su vez. En el encabezado de ambas columnas aparecía una caricatura de dos boxeadores, uno con la cara de Contreras y el otro con la que Mao utiliza habitualmente en su columna. El título era claro: “Gonzalo Contreras v/s Mao Tse Tung<sup>4</sup>”. El asunto ya no era sobre Zambra ni sobre Bonsái: las posiciones de críticos y escritores eran las que se defendían, vale decir, su lugar en el campo<sup>5</sup>. En su espacio, el autor de *El Nadador* acusó a su contraparte de pertenecer a un corporativismo que agruparía a ciertos nuevos críticos que estarían obsesionados con dismantelar a la Nueva Narrativa. Además, expresó que Zambra pidió asistencia a sus amigos. Por su lado, Mao dijo que “lo que le molesta a Contreras es que exista disenso y no esa sospechosa unanimidad que lo consagró como escritor”. Asimismo, denunció la poca tolerancia de Contreras frente a la crítica, señalando que “Gonzalo Contreras sí se siente un intocable de la literatura. Y de manera solapada, sí quiere perjudicar a Zambra”.

El argumento siguió con una entrevista en el mismo *Clinic* a Zambra<sup>6</sup> donde éste se burló de Contreras cuando le preguntaron quién era el último gran escritor chileno al decir: “Gonzalo Contreras dice que es Gonzalo Contreras. Quién soy yo para contradecirlo.” En el mismo diálogo declaró que su candidato para el Premio Nacional era Germán Marín.

El 25 de abril en el *Diario Siete*, Sergio Gómez<sup>7</sup> volvió a la carga. Habló de cofradías y dijo que el éxito tanto de Zambra, como de Bertoni y Germán Marín se

---

<sup>4</sup> Quincenario *The Clinic*. Chile. Pag 31. 6 de abril de 2006.

<sup>5</sup> En el presente ensayo se trabajará con la noción de campo que el sociólogo Pierre Bourdieu acuñó.

<sup>6</sup> Quincenario *The Clinic*. Chile. Pag. 32. 20 de abril de 2006.

<sup>7</sup> *Diario Siete*. Chile. Pag 32. 25 de abril de 2006.

debía a “una corte de amigotes o conocidos, de socios parranderos que les llevan la toga y que aplauden cada coma y punto y coma”. Sobre su competencia editorial fue enfático: “un autor de una literatura biográfica y ególatra hasta la irritación, añosa y francamente aburrida. Sus novelas son intrascendentes en el extranjero, pero aquí la corte de aduladores lo propone para el Premio Nacional, el que probablemente terminará obteniendo”. Luego de esta diatriba, fue el turno de Juan Manuel Vial, quien respondió en columna de *Las Últimas Noticias*<sup>8</sup>: “Las palabras de tipos como Sergio Gómez hacen cada día más patente la histeria que les baja a los narradores mediocres ante la espléndida novela “Bonsái”, de Alejandro Zambra, obra que provoca toda clase de churreteras entre quienes, al parecer, ya no consiguieron escribir algo memorable en esta vida”.

Desde su tribuna en el Diario Siete<sup>9</sup>, Gómez siguió: “se prohíbe decir, se prohíbe la disidencia, se prohíbe tener opinión en un medio de becerros que siguen al rebaño...” En el mismo periódico, se publicó días más tarde un artículo donde Gómez y Contreras arremeten en contra del editor de Sudamericana. En la nota, se agrega una entrevista a Marín, quien admite su afinidad con un grupo de críticos jóvenes como Matías Rivas, Alejandro Zambra, Patricio Fernández y Rafael Gumucio, a quienes denomina “los nenes”, pero niega absolutamente que sea él quien los impulse a candidatearlo para el Premio Nacional de Literatura. Desde esa cuña llega el título del último round de la mentada polémica: Gonzalo Contreras escribe para La Tercera una columna titulada “Germán Marín y sus nenes”<sup>10</sup>, en la que el escritor denuncia una confabulación a todo nivel e incluso trata de “sectarios y brigadistas” a estos críticos jóvenes, que “se van en picada contra la Nueva Narrativa”. Además, declaró, en tono de denuncia que dentro de aquella cofradía, “la conveniencia es mutua y la connivencia fructífera”.

---

<sup>8</sup> Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pag 35. 30 de abril de 2006.

<sup>9</sup> Diario Siete. Chile. Pags. 42-43. 7 de mayo de 2006.

<sup>10</sup> Diario La Tercera. Pag. 96. 13 de mayo de 2006.

Además, podemos considerar que, tal como dijo Álvaro Matus, “basta revisar el duelo entre ambos<sup>11</sup> para comprender que Contreras, al desautorizar la crítica actual, está diciendo que la única opinión válida, autorizada, es la de Valente, quien es, entre paréntesis, el único que lo ha apoyado persistentemente”<sup>12</sup>. Según el periodista de la Revista de Libros de El Mercurio, “el hecho da cuenta de la poca aceptación que provocan críticos como el mencionado Mao u otros que han venido a ocupar el espacio en la última década: Rodrigo Pinto, Patricia Espinosa, Alejandro Zambra, Álvaro Bisama, Javier Aspuruá y Juan Manuel Vial”.<sup>13</sup>

Matus agrega que “el cruce de voces, las opiniones contrapuestas, la diversidad al fin y al cabo, molesta sobre todo a los que antiguamente se abanicaban en el parnaso nacional”<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> Se refiere específicamente a Gonzalo Contreras y Matías Rivas.

<sup>12</sup> MATUS, Álvaro. El día del juicio. Pág. 38. En Revista Dossier N°4 de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales. Marzo 2007.

<sup>13</sup> MATUS, Álvaro. Ibid.

<sup>14</sup> Ibid.

## 2. El tema y su importancia: síntesis de la investigación y su problemática. La función versus las prácticas

### A LO QUE VAMOS

El fin de la dictadura militar trajo consigo –además del inicio de la transición a la democracia del país– un nuevo horizonte en cuanto a la visibilización de escrituras. Ya en los noventa y gracias a un aumento de la publicación de libros en Chile, estas escrituras fueron también ganando espacio en los medios de comunicación. Apareció la llamada Nueva Narrativa Chilena y, asociada a este grupo de escritoras y escritores, emergió también una serie de críticos<sup>15</sup>, que daban cuenta de lo que se estaba haciendo en materia literaria en Chile.

Además aparecieron nuevas publicaciones (Apsi, Cause, Análisis, Fortín Mapocho, La Época, a mediados de los ochenta; Rocinante ya hacia los noventa) y miradas que contrastaban con la de críticos establecidos de los medios de prensa tradicionales, rompiendo el canon imperante hasta ese entonces en la que –en materia literaria– sólo existía una voz oficial; la del cura Ignacio Valente, el monocrítico de El Mercurio.

---

<sup>15</sup> Nombres como Mariano Aguirre, Carlos Olivares, Camilo Marks, Patricia Espinosa, Ramiro Rivas, Javier Edwards, sólo por mencionar algunos. La suerte que corrieron en la continuidad de medios de comunicación escritos fue, tal como ocurrió con los mismos medios, diversa.

Sin embargo, esa proliferación de nuevas voces no logró establecer un remozado sistema de producción y difusión plural de la creación literaria. Pasadas ya más de dos décadas desde la vuelta a la democracia, la crítica literaria en prensa –uno de los más grandes nexos que un ciudadano común puede tener con la literatura– no parece conformar un cuerpo definido, capaz no sólo de informar de las novedades de la industria editorial, sino también de efectuar análisis de las obras descomprometidos de intereses más allá de los estéticos (es decir, intereses comerciales).

Este fracaso llevó a que hoy –si nos fijamos sólo en el espacio que ocupa la crítica literaria en la prensa escrita chilena, siempre en peligro de extinción– la actividad de creación literaria en su conjunto esté desprovista de medios adecuados para ser un sujeto relevante del quehacer cultural del país, lo que agrava la lamentable situación del país en cuanto a sus bajísimos índices de lectoría, dado que el público no dispone de orientaciones fundadas –o sea basadas en un trabajo profesional riguroso de estudio y apreciación literaria– acerca de qué vale la pena leer (y qué no).

En este contexto, es relevante preguntarse –a propósito de la polémica en torno a Bonsái– acerca del estado actual de la crítica literaria (considerando medios escritos nacionales y el periodo entre 2000 y 2006).

## **DE TESIS**

En particular, lo que quisimos averiguar es si hoy estamos frente a un ejercicio de la crítica literaria que actúa como mero mediador entre los libros-productos y los lectores-

consumidores –como un correlato del mercado– desprovisto de análisis sistemáticos, profesionales y que guíen al público bajo un interés prioritariamente estético. Es decir, si estamos o no ante una crítica auténticamente independiente.

En otras palabras –asumiendo la premisa de la crítica Patricia Espinosa– queremos saber si la crítica literaria chilena es o no “el quiebre necesario en el flujo aparentemente lógico entre productor y consumidor”.<sup>16</sup>

Luego de investigar, lamentablemente nuestras conclusiones no son positivas, pues creemos que la crítica literaria chilena no orienta estéticamente ni profesionalmente al público, incumpliendo con ello una de sus funciones prioritarias en el sistema de creación y difusión literaria, que es hacer de puente estético entre la creación literaria y los lectores.

Las razones para ello se encuentran en el modo de ejercer el oficio, el que se encuentra:

- **desperfilado**, pues al no cumplir con su rol central, se ejerce sin claridad de objetivos.
- **poco profesionalizado**, dado que quienes lo ejercen tienen escasa conciencia acerca de la función que cumplen en el sistema de producción y difusión literaria, por lo que la reflexión y valoración acerca de este *saber hacer* también es escaso.
- **sin bases materiales de sustento**, puesto que “el oficio” no existe dentro de las estructuras y organigramas de los medios de comunicación, lo que implica que nadie tenga el tiempo suficiente para dedicarse con seriedad a la crítica.

---

<sup>16</sup> ESPINOSA, Patricia. Bienvenidos al club de la pelea. Pag. 52. En Revista Libros & Lectores. N°2. Abril-Junio 2003.

- **en desmedro de otros actores del sistema de producción y difusión literaria**, puesto que –en la práctica– no existe la figura de “el crítico” que “rescata” al lector de las estrategias de marketing de las grandes casas editoriales (muchas de las cuales implican la cooptación de los medios de comunicación).

Además, este panorama es tierra fértil para la reproducción de viejas y conocidas malas prácticas, las que pueden sintetizarse en dos principales:

- **La sobrevaloración y/o sobrerrepresentación de los autores elegidos por las casas editoriales**, quienes tienen garantizada la cobertura de sus creaciones.
- **La sobrevaloración y/o sobrerrepresentación de los “amigos” de los críticos**, quienes –cual camarilla– cuentan con espaldarazos otorgados simplemente por pertenecer a un grupo determinado.

Lo anterior redunda en la invisibilización de muchos creadores que –pese a tener la calidad requerida– no acceden a los circuitos de difusión literarias. Esto no sólo perjudica a esos autores, sino que también al público, que se ve privado de lo que ellos pueden ofrecer. Peor aún, es dable pensar que este sistema que excluye, termina por obligar a los creadores a escribir para complacer a las grandes casas editoriales, que son las únicas que abren las puertas de los medios de comunicación.

## UN CAMINO SIN ASFALTO

En las páginas que siguen se argumentarán estas y otras afirmaciones complementarias a través de los resultados de mi investigación, la que tiene por objeto central el generar conciencia acerca del vacío que tiene el sistema chileno de producción y difusión literaria, al no contar con una crítica independiente.

Para alcanzar ese objetivo –huelga decir– que el abordar el tema de la crítica literaria en prensa escrita es un asunto complejo por varias razones.

La primera de ellas puede llevarnos por el camino de la indiferencia. Y de la más radical. Si la pregunta sobre el tema de una tesis para obtener el título de periodista tiene como respuesta a la crítica literaria en prensa, entre los años 2001 y 2006, la cara de interés del interrogador se desvanece y cambia por una que se asemeja más bien a la lástima. Eso con un público general. Para las personas más cercanas al tópico que aquí nos convoca, vale decir, escritores, editores, periodistas culturales, críticos, entre otros, la crítica literaria en prensa no es algo en lo que se piense. Está bien, hay teoría y más de alguno puede salir con un autor recomendado, pero aunque en nuestra metrópoli proliferen con mayor o menor desventura seminarios, cursos, simposios que analizan esta práctica, no se saca demasiado en limpio: las convocatorias no son –digámoslo– de lo más numerosas, los periodistas que ejercen, realizan crítica literaria tienen un aire desencantado, resignado y el que quiere combatir la desidia o indiferencia reinante queda, como sucede con todo punto disruptor, calificado de loco, anacrónico, añejo y desubicado. Ese al que no hay que

hacer caso, ése que está gagá y se pone combativo (con arrugada de nariz incluida), ése que “no volveremos a invitar”<sup>17</sup>.

La segunda razón tiene que ver con los pocos textos sobre la experiencia chilena que se pueden encontrar. Fuera del –conocido para los peritos o simplemente interesados– Congreso de Concepción del año 1994 no hay mayores registros de las discusiones de académicos, periodistas o críticos han tenido en nuestro país en torno al tema. Claro que existe teoría (Subercaseaux, Morales, Dyson, por ejemplo), claro que hay uno que otro comentario desperdigado en periódicos, pero eso no basta para acercarse siquiera a responder a interrogantes tales como qué piensan nuestros críticos nacionales sobre su oficio, cómo se ven a sí mismos, cómo ven las condiciones en las que trabajan, cuál es su función social, dentro del mercado, respecto de la literatura, por qué no están asociados como sucede, por ejemplo, con el Círculo de Críticos de Arte, o, en definitiva, qué pasa en la práctica con lo que la teoría de los libros puede decirnos.

Pero no todo puede ser tan desolador. La crítica literaria es una actividad que se sigue haciendo, forma parte de la industria cultural<sup>18</sup>, es un pilar fundamental para la institución literaria y, ya sea por tradición más que por convicción, todavía se mantiene viva en los medios de prensa escrita. En esta balsa se aferran las esperanzas.

---

<sup>17</sup> De hecho, esta misma frase puede sonar un poco ridícula para más del alguno. Claro que si alguien ya tomó este texto puede que no pertenezca a la masa a la que todo le da lo mismo y que cree que es mejor vivir tranquilo y sin reclamar, hablar bajito, estar de acuerdo, dar vuelta la página y un largo etcétera.

<sup>18</sup> JOFRÉ, Manuel. La crítica literaria en la universidad y el periodismo. Pag 264. En Actas del Congreso SOCHEL. RIL Editores. Chile. 1999.

## SÓLO PARA PERITOS

Abordaré en este texto y junto a los entrevistados, temas esenciales para la evaluación del sistema de crítica literaria: su relación con otros actores del sistema, la imagen que tienen de ellos mismos como críticos, la posibilidad de agrupación, el estado de la crítica y la supuesta renovación del sistema crítico de nuestro país.

Los medios escritos que tomaré en cuenta serán el diario Las Últimas noticias, que aunque el perfil que maneja desde hace varios años es bien farandulero, aún mantiene una página (¡una!) dedicada a la cultura; el periódico El Mercurio, será representado por un crítico de la Revista de Libros, dos de Artes y Letras y uno de la revista El Sábado; la desaparecida Revista Rocinante, el caballito que dejó de galopar en octubre de 2005 también se anota para este reportaje, tanto tomando en cuenta la opinión de algunos de sus críticos en torno al tema como respecto de la “experiencia” Rocinante. El semanario Punto Final, en tanto, que conserva una línea editorial de izquierda tiene un crítico literario fijo desde hace años, por lo que será una voz importante de este texto. La Nación, diario estatal que no circula los días sábados y que tiene mucha movilidad en cuanto a sus críticos literarios también estará presente en la voz de uno de sus críticos entre los años 2000 y 2005. The Clinic, por otro lado, que en 2005 era la publicación con mayor cantidad de lectores en el territorio chileno, desde prácticamente sus inicios cuenta con la columna de crítica literaria firmada, en un principio, por Mao Tse Tung, quien luego firmará con su verdadero nombre: Matías Rivas.

La Tercera, por su parte, no tiene representación en este reportaje, puesto que durante el periodo estudiado no mantuvo un espacio fijo de crítica literaria<sup>19</sup> y sólo a fines de 2006 apareció crítica literaria en el estrenado suplemento Cultura.

Opiniones disidentes y acordes se fusionan de este modo a lo largo de todo este texto, dando cuerpo a un panorama de la crítica literaria en los medios escritos en el período 2000-2006: buscaremos el crítico ideal junto a teóricos y críticos nacionales; definiremos la crítica periodística, su función y problemáticas, contratándola, además, con la que se da dentro de la academia; le daremos una mirada a la historia de crítica literaria chilena; señalaremos los vicios en que suelen caer los críticos en ejercicio y las diversas presiones que deben soportar; observaremos cómo en la polémica se muestran posiciones e ideologías; revisaremos la opinión respecto a los diferentes medios escritos y la práctica de la crítica literaria en ellos, asimismo, nos preguntaremos por la posible irrupción de una nueva generación de críticos literarios y sus consecuencias.

---

<sup>19</sup> Entre los años 2001 y 2003 hubo, de forma muy esporádica, una pequeña sección de crítica en La Tercera y en su suplemento La Guía. Los autores de esas críticas eran Álvaro Bisama y Andrés Gómez, entre otros.

## 2.2 Quién es quién: los teóricos y los críticos

Antes de iniciar el cuerpo de reportajes, dispondré en estas páginas de todas aquellas personas a las que haré conversar en mi reportaje, mezclando gentes que conocí por libros, con otras que entrevisté en profundidad. Esto, debido a que la fundamentación teórica necesaria para esta investigación viene de múltiples áreas del conocimiento, ya que tanto las fuentes empleadas son de carácter múltiple. Esperamos que sirva como mapa para lo que resta.

### LOS NUNCA BIEN PONDERADOS TEÓRICOS

Pierre Bourdieu: un clásico para cualquiera que esté cerca de las ciencias sociales o las humanidades. De este sociólogo francés obtuve un marco general para delimitar mi campo de estudio. Según él, un campo es una red de relaciones objetivamente definidas, con la existencia de un capital común, una lucha por su apropiación y una jerarquización entre los que detentan el capital (simbólico o de otra especie) y los que no. Para mí, el campo será –adivinen– la crítica literaria en prensa, donde se dan diversas luchas de poder, en las que, me adelanto, los mercaderes llevan la ventaja.

Como artistas conceptuales invitados para el marco teórico general, me valdré de el filósofo marxista Louis Althusser, Edmund Cros, Teun Van Dijk, Jacques Rancière.

Louis Althusser: De este filósofo marxista, autor de, entre muchos otros textos, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, tomaremos el tema de la resistencia que las clases explotadas “pueden encontrar en el medio para expresarse y (...) conquistar posiciones de combate mediante la lucha”, expresados en dicho documento.

Teun Van Dijk: Con ayuda del texto *Discurso, conocimiento e ideología* de este lingüista podremos observar con mayor claridad el surgimiento de la ideología en la polémica que hubo en torno a las críticas que tuvo la novela *Bonsái* de Alejandro Zambra, en cuanto “las actitudes (de un grupo) están organizadas en términos de sus ideologías subyacentes”.

Jacques Rancière: De este filósofo francés tomaremos la idea de que una comunidad epistémica es una comunidad de discurso que necesita ser expresado. Esto, con ayuda del texto *El desacuerdo. Política y filosofía* de este autor.

Edmund Cros: Extraeremos la premisa que aparece en *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis* que se acerca bastante al materialismo histórico y que señala que el discurso literario es un acto social que emerge en un contexto determinado y que, en última instancia, se articula por ello mismo como infraestructura.

Tanto las visiones de estos teóricos como las problemáticas que enfrentan los críticos literarios en la práctica de su oficio serán explicitadas, también, con el análisis de la polémica en torno a las críticas que tuvo el libro *Bonsái*, del ex crítico de *Las Últimas Noticias*, Alejandro Zambra.

Con el fin de tener mayores y también mejores armas para comprender el estado de la crítica literaria en nuestra prensa escrita tomamos algunos autores, entre los que destacan:

Edward Said: el fallecido profesor de la Universidad de Columbia es un referente importantísimo a la hora de hablar sobre crítica literaria. Además de tomar al ensayo como la mejor forma que puede tomar la crítica, cree que ésta es “siempre contextualizada; es escéptica, secular y está reflexivamente abierta a sus propios defectos”. Para este reportaje, trabajaremos principalmente con su libro *El mundo, el texto y el crítico* y el texto *Humanismo y crítica democrática*.

Ricardo Piglia: el escritor argentino, autor de *Crítica y ficción*, cree que la literatura (y por tanto también la crítica literaria) es un campo de lucha permanente.

Roland Barthes: el teórico francés Roland Barthes señala –y nosotros nos permitimos sumarnos a esta afirmación– en sus *Ensayos críticos* que “el pecado mayor, en crítica, no es la ideología, sino el silencio con que se la cubre”.

T.S. Eliot: el crítico, teórico y escritor inglés, además de categorizar en cuatro a los críticos (el profesional, el con fervor o juez, el académico o teórico y el crítico también autor) opina que el crítico tiene la función de ayudar al público a descubrir sus afinidades con algunos poetas. *Criticar al crítico y otros escritos*, nos ayudará en este reportaje.

Ivor Armstrong Richards: crítico literario, semántico y profesor también inglés ha señalado que las tres principales de un crítico literario son la capacidad de experimentación, el saber distinguir lo superficial de lo que no lo es en la obra que analiza y, por supuesto, ser capaz de juzgar. De entre sus libros, usaremos *La crítica literaria: sus métodos y problemas*.

Guillermo Sucre: el ensayista venezolano analiza la crítica latinoamericana en el texto *La nueva crítica* y en él expresa que ésta, “al definirse como subjetiva es ciertamente más sincera y eficaz”.

Enrique Anderson Imbert: el ensayista y académico argentino en su libro *La crítica literaria: su métodos y problemas* –que será utilizado en este reportaje– expresa que en la historia de la crítica no hay progreso, puesto que se trata de una actividad individual y cerrada a la manera del arte.

Manuel Jofré: este destacado académico chileno también se ocupado de la crítica literaria y ha expresado que la crítica periodística es parte de industria cultural, por lo que su lógica sería la del mercado. De este autor, consideraremos el ensayo *Lecturas de la crítica literaria chilena*, además del texto *La crítica literaria en la universidad y en el periodismo*.

Guillermo de Torre: este español asegura que no es posible la crítica objetiva, despojada de toda ideología o emotividad. Trabajaremos en el presente reportaje con su libro *Nuevas direcciones de la crítica literaria*.

María Nieves Alonso: utilizaremos el texto *La crítica literaria chilena*, que compila las ponencias del Congreso realizado en Concepción en el año 1994 y que fue editado por esta autora.

Con ellos, esbozaré las líneas generales teóricas respecto a la crítica literaria, buscando de alguna forma establecer o más bien acercarnos al *ideal*. Esto, para tener un pequeño acercamiento a la teoría de la crítica literaria. Para observar las condiciones de producción, prestaremos atención a los microprocesos, por lo que la voz de los mismos críticos literarios tomará gran relevancia a lo largo de todo este texto. De este modo, se investiga desde dentro, observando a los propios protagonistas en su contexto.

## LOS CRÍTICOS

Pero el rol protagónico de este reportaje –ya lo he señalado más arriba– se lo llevan los críticos literarios de medios escritos que ejercieron entre los años 2000 y 2006 en los principales diarios, revistas, semanarios y quincenarios anteriormente señalados. Las voces que se encuentran plasmadas en este reportaje son las de:

Ernesto Ayala, periodista de profesión, autor de Examen de grado, quien luego de publicar por varios años crítica de cine pasó a publicar crítica literaria en el suplemento Artes y Letras de El Mercurio a fines de 2005.

Iván Quezada, es periodista de cultura, dedicándose a la crítica literaria en la desaparecida Revista Rocinante.

Marco Antonio Coloma, director de la editorial Frasis y Ciertopez que ejerció de crítico literario en el semanario El Periodista.

Patricia Espinosa, académica de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica, que escribió, entre otras publicaciones, en la Revista Rocinante.

Alejandro Lavquén, escritor y voz crítica literaria del semanario El Siglo.

Camilo Marks, académico de la Universidad Diego Portales y autor de la columna de crítica literaria Página Abierta, de la Revista de Libros de El Mercurio.

Marcelo Maturana, antropólogo de la universidad de Chile, editor *free lance* de varias editoriales y crítico de diarios como Las Últimas Noticias y La Nación. A él se le consultó por su desempeño en el diario estatal.

Rodrigo Pinto, ex redactor de los discursos del ex Presidente Ricardo Lagos y crítico de la revista El Sábado, también de el Mercurio.

Matías Rivas, Director de Extensión y publicaciones de la Universidad Diego Portales y crítico literario del quincenario The Clinic.

Grínor Rojo, académico de planta de la Universidad de Chile, director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la misma casa de estudios y crítico de poesía para el suplemento Artes y Letras, del diario El Mercurio.

Alejandro Zambra, crítico por tres años del diario Las Últimas Noticias, quien luego se alejó de la crítica literaria para dar paso a su carrera de escritor, publicando Bonsái, la novela que desató la polémica que da pie a este reportaje.

### 3. Ideología

*Toda crítica se escribe desde un lugar preciso y desde una posición concreta. El sujeto de la crítica suele estar enmascarado por el método pero siempre está presente.*

Ricardo Piglia

Ricardo Piglia señala agudamente que la sociedad capitalista “también aspira a que la literatura salga del centro de la discusión, y creo que ha conseguido en parte lograrlo.”<sup>20</sup> Esta situación enunciada no es nada nueva. Llevamos bastante tiempo viviendo el capitalismo y, de cierta forma, podemos decir que la mutación del mismo en que nos encontramos resulta desconcertante. No se trata de demonizar a un ángel ni nada por el estilo. Pasa que en cuanto una dice la palabra ideología en Chile alguien ya te está tildando de –y así de anacrónicos pueden ser los términos– izquierdoso, upeliento, desubicado, en definitiva. Pero es imprescindible considerar que, tal como decía Roland Barthes, “el lenguaje que cada crítico elige no le baja del cielo, es uno de los diversos lenguajes que le propone su época, es objetivamente el término de una cierta maduración histórica del saber, de las ideas, de las pasiones intelectuales, es una *necesidad*, y de otra parte, este lenguaje necesario es elegido por cada crítico en función de una cierta organización existencial, como el *ejercicio* de una función intelectual.”<sup>21</sup> La crítica como una actividad, como una manipulación, nos dice Barthes. ¿Y los textos? Los textos también lo son y justamente por eso es que la nueva crítica que nos muestra Guillermo Sucre más arriba “no es una crítica que quiera ser

---

<sup>20</sup> PIGLIA, Ricardo. *Crítica y ficción*. Pag. 173. Editorial Anagrama. España. 2001.

<sup>21</sup> BARTHES, Roland. *Ensayos críticos*. Pags. 351-352. Grupo Editorial Planeta. Argentina. 2003.

simplemente 'comprometida', sino que aspira a descubrir cómo dentro de la obra se va desarrollando una concepción del mundo y la conciencia de la sociedad"<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> SUCRE, Guillermo. La nueva crítica. Pág. 270. En América Latina en su literatura. César Fernández Moreno (coordinador). Siglo XXI Editores. Francia. 1972.

### 3.1 En el conflicto surgen las ideologías

Pero, ¿qué pasó con el affaire Bonsái? ¿Qué quedó al descubierto en estos dimes y diretes que se intercambiaron a través de la prensa escrita nacional?

Cecilia Flachsland, citando a Néstor García-Canclini en *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*<sup>23</sup> dice: “Los grupos que lo integran (a un campo) luchan por la apropiación del capital que cada campo genera”. La autora continúa: “Para que un campo se constituya como tal debe tener dos elementos: la existencia de un capital común y la lucha por su apropiación (...) En las sociedades `modernas` la vida se reproduce en campos”<sup>24</sup>.

En la llamada “polémica” en torno a Bonsái hubo una clara irrupción de diferentes agentes del campo de la crítica literaria (campo que no es autónomo, sino que se nutre tanto del campo literario como del periodístico). En esta convergencia se puede ver que los diferentes agentes que conforman el campo de la crítica literaria también se encuentran en una lucha constante. Y es que claro, la literatura y sus subcampos pertenecen al campo cultural, que es uno de los aparatos ideológicos del Estado<sup>25</sup>. Estos aparatos ideológicos del Estado “pueden no sólo ser *objeto* sino también *lugar* de la lucha de clases, y a menudo de formas encarnizadas de lucha de clases”<sup>26</sup>.

---

<sup>23</sup> FLACHSLAND, Cecilia. *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*. Pag. 48. Editorial Campo de Ideas. España. 2003.

<sup>24</sup> FLACHSLAND, Cecilia. Op. Cit. Pags. 48-49.

<sup>25</sup> ALTHUSSER, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Versión digital en: [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl)

<sup>26</sup> ALTHUSSER, Louis. Op.Cit. p. 14.

Al respecto, Edmund Cros, en *"El sujeto cultural": Sociocrítica y psicoanálisis*<sup>27</sup>, reteniendo la premisa del materialismo histórico aclara: "El discurso literario es un acto social que emerge en y de un contexto determinado y que, en última instancia, se articula por ello mismo con la infraestructura".

En este sentido, creemos que será más útil usar el concepto de hegemonía versus heteronomía, como Marc Argenot lo acuña, vale decir: la hegemonía "entendido como la resultante sinérgica de un conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y la homogeneización de las retóricas"<sup>28</sup>. Estos mecanismos otorgarían a lo que se dice y se escribe dosis de aceptabilidad y estratificarían grados de legitimidad. La heteronomía, en tanto, "es lo que en el discurso social escaparía a la lógica de la hegemonía"<sup>29</sup>. De este modo, la lucha se da entre la hegemonía del discurso literario y los discursos que se presentan posiblemente heterología.

Acercándonos al cuerpo de la polémica, podemos observar que ya en la columna de Sergio Gómez se aludieron varios conceptos importantísimos a la hora de la lucha dentro del campo cultural en que se mueve, puesto que se quejó de que los críticos sean los encargados de fijar el canon literario nacional. Al decir esto, queda claro que lo que se pelea no es que se fije el canon, sino *quien* detenta la autoridad (o se la toma) para hacerlo.

En la respuesta de Juan Manuel Vial a Gómez del 30 de abril de 2006 surgieron, además, nuevos conceptos-posiciones: "es de esperar que abra las alas de

---

<sup>27</sup> CROS, Edmund. *El sujeto cultural: Sociocrítica y psicoanálisis*. Pag. 150. Editorial Corregidor. Argentina. 1998.

<sup>28</sup> ANGENOT, Marc. *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Pag. 30. Editorial Universidad Nacional de Córdoba. Argentina. 1998.

<sup>29</sup> ANGENOT, Marc. *Op. cit.* Pag. 31.

la casa editorial que dirige a todos aquellos genios postergados por la mezquindad de la crítica". De este modo, la postergación, el no tener nombre y, por lo tanto no poder hablar, es lo que denuncia Vial. Asimismo, increpa a Gómez y dice que su ataque tan abrupto contra la obra de Zambra se debe a que no consiguió "escribir algo memorable en esta vida, pese a haber contado para ello con la claqué incondicional del establishment y la comprometida acción de una enorme red de secuaces cefalópodos." Aquí la figura de la hegemonía reluce, casi destella. Al respecto, Teun A. van Dijk, en *Discurso, conocimiento e ideología* nos dice: "las actitudes (de un grupo) están organizadas en términos de sus ideologías subyacentes"<sup>30</sup>. Todo esto, porque las ideologías se hacen patentes cuando dos o más grupos se enfrentan. Al salirse de los márgenes propios surge, se hace visible, la ideología. "Las partes no preexisten al conflicto que nombran y en el cual se hacen contar como partes".<sup>31</sup>

Respecto al surgimiento de la ideología, a la irrupción en el orden hegemónico que se mantiene, "cada comunidad epistémica es también una comunidad de discurso: lo que es conocido por la comunidad no necesita ser expresado explícitamente en el discurso de dicha comunidad, excepto en el discurso didáctico, o cuando el consenso sobre lo conocido se rompe"<sup>32</sup>. El deseo por parte de algunos autores de la Nueva Narrativa puede tomarse de este modo como una reacción tendiente a mantener el control del discurso literario nacional frente a la penetración de estos nuevos críticos que, a su vez, también buscan legitimarse y, en consecuencia, también desean mantener el control del discurso (esto, a pesar de que su irrupción llama la diversidad, al disenso y la tolerancia y no se postula explícitamente como una generación de recambio).

---

<sup>30</sup> VAN DIJK, Teun A., *Discurso, conocimiento e ideología*. p. 287. En CIC: Cuadernos de Información y Comunicación, Universidad Complutense, Facultad de Ciencias de la Información, Departamento de Periodismo. Editorial Servicios de Publicaciones de la Universidad Complutense. España. 2005.

<sup>31</sup> RANCIÈRE, Jacques. *El desacuerdo*. Política y filosofía. Pag. 41. Editorial Nueva Visión, Argentina. 1996.

<sup>32</sup> RANCIÈRE, Jacques. *Op.Cit.* Pag. 294

Lo que aparece claro en todo el embrollo, es que las posiciones respecto a la obra de Zambra (que seguramente no es una obra maestra ni tampoco lo peor que le haya ocurrido a la literatura chilena) es la posición de los críticos y escritores respecto al campo en que se desenvuelven. Se da una lucha por el lugar en el campo, mucho más que una defensa de un discurso o un análisis literario. Los aludidos se sienten (Contreras especialmente por un lado y el grupo de los llamados nuevos críticos, por otro) olvidados y acusan que la crítica quiere destrozarlos. Si confiaran en su obra, como dijo el mismo Contreras en su respuesta a Mao en *The Clinic* y no en su fama, el asunto no sería tan terrible. Pero al parecer no es así.

La lucha por agenciarse un lugar de jerarquía en el campo, al ver que algunos críticos parecen estar de acuerdo (forman una cofradía, viven prácticamente de amiguismos, en palabras de Contreras) y que pueden llegar a tener un lugar más visible en el campo hace temblar a los consagrados. De ahí se explica el vuelo que toma la polémica al arrancarse prácticamente de Bonsái y extenderse por más de un mes a vista y paciencia del público nacional.

De este modo, el discurso se presenta para imponerse, para rectificar su control versus el ruido que los nuevos críticos hacen. Vale decir, se produce una polémica no tanto por la obra *Bonsái* como por la exposición de la voz de los que tiene parte y los que no, en cuanto Jacques Rancière lo desarrolla en *El desacuerdo. Política y filosofía*<sup>33</sup>, vale decir, aparece el lenguaje, la palabra de los que sí tienen un nombre versus el mugido de los que no lo tienen, expresando no sólo el enceguecimiento de los “dominadores”, sino también el orden que organiza su dominación, que es la dominación misma. Pero, tal vez, el “bando” de la Nueva Narrativa (que sería la ideología hegemónica) no se da cuenta que al seguir con el intercambio de posiciones en la prensa le otorga voz y nombre a estos críticos jóvenes y al propio Zambra, puesto que “quien carece de nombre no puede hablar”.<sup>34</sup> Así, se visibilizan e incluso llegan a una instancia primera de legitimación, componiendo otro orden, rompiendo de alguna

---

<sup>33</sup> RANCIÈRE, Jacques. Ibid.

<sup>34</sup> RANCIÈRE, Jacques. Op. Cit. Pag. 38.

forma las disposiciones anteriores, alcanzando la voz, por lo que compartirían el escenario y las mismas propiedades de los que se las niegan.

### 3.2 Algunas consideraciones

Respecto a la situación descrita hay varias cosas que considerar. En primer lugar se debe tener en cuenta que la circulación de la información (las críticas criticadas, las columnas de opinión) se realizó en medios de la prensa escrita nacional. Esto no es menor si se toma en cuenta que la mayoría de las luchas (en tanto opiniones) no llegan a tener tal difusión ni mucho menos tal público. Por lo general, se puede oír en conversaciones más bien privadas o en los lugares de reunión de los agentes más importantes o influyentes dentro del campo. En la “polémica” se hicieron patentes las posiciones que tienen los diferentes agentes frente a los cánones literarios (definir qué es buena y mala literatura, quién debe o no ser bien criticado y por qué) y sobre todo, respecto al lugar que cada uno ocupa dentro del campo. Tal irrupción del Otro denota disconformidad respecto al lugar que se ocupa en el campo.

Los agentes de los diferentes grupos se atrincheraron y, como se dijo anteriormente, los que no tenían voz (o era más débil respecto al status de consagrados que algunos escritores tenían) lograron adquirirla. Sucedió de este modo tanto con los otrora consagrados (los escritores pro Nueva Narrativa, encarnados en la figura de Gonzalo Contreras) como con los escritores y críticos jóvenes (Matías Rivas, Rafael Gumucio, Alejandro Zambra, Álvaro Bisama), puesto que, aunque podría decirse que los primeros ocupan (u ocupaban hasta hace poco) un lugar de mayor jerarquía dentro del campo respecto a los segundos, se debe tener en cuenta que la literatura –y mucho más la crítica literaria– configura imaginarios sociales potentes, se institucionaliza desde la enseñanza básica en las escuelas y cuenta con un prestigio bien grande respecto a otros bienes simbólicos, vale decir, cuenta con un status en la contingencia y también a largo plazo, respecto a la relación que se da en el campo de poder nacional no se encuentra en una posición de alta jerarquía. El poder disruptor

tanto de la literatura como de la crítica literaria tiende a sindicarse, a bajársele el perfil en pro de una literatura de entretenimiento, de enajenación incluso.

Aparecieron los pro-Bonsái versus los anti-Bonsái y, si bien puede ser considerado superficialmente como un griterío sin sentido o un simple ego desmedido por parte de los implicados, la situación, y aún más, la acción queda. No se trataba tanto de Zambra ni de Bonsái, eso ya está claro y basta con releer algunas de las críticas para darse cuenta de eso. Lo que se jugaron los actores fue su posición dentro del campo literario: fue un reclamo por hacerse visibles y ser contados.

Puede que haya sido una disrupción momentánea, pero es una pequeña trizadura en un orden que se reproduce y que tiende a la inmovilidad. Claro, siempre y cuando a nadie le pique el bichito de salirse. Aunque sea un rato. El precedente queda.

## 4. Buscando definiciones

### 4.1 ¿Acaso existe la crítica ideal?

*No por ser obvio hay que dejar de decirlo: la crítica es esencial a la creación literaria. No sólo forma una parte de ella, sino que también la hace posible.*

Guillermo Sucre

No es fácil definir la crítica literaria, pues al respecto no existe una sola opinión. De todas formas, –y a modo de aproximación– Aristóteles la consideraba como el arte de juzgar la bondad y la belleza de las cosas, y así, hasta las más múltiples especializaciones y escuelas críticas. No haré un recorrido por todas las escuelas o tendencias críticas, pues no es del interés de este reportaje delinear ese tipo de conocimiento, sino que trataré de esbozar un panorama sobre el estado de la crítica literaria en prensa de principios de siglo XXI, atendiendo a las voces protagonistas, vale decir, a los mismos personajes que ejercieron crítica entre los años 2000 y 2006. Asimismo, daré –previamente– una pequeña vuelta consultando a diversos autores y lo que ellos han dicho sobre qué es el crítico y la crítica, la función de la crítica en la sociedad, los pros y contras de este quehacer público, entre otras preocupaciones.

Lo que se entiende por crítica ha cambiado a través de la historia y es abordado por diferentes posturas ideológicas y disciplinas. Las opiniones son divergentes, como

sucede con cualquier otro tema, pero la variedad llega a tanto que incluso se ha dicho que la crítica ni siquiera existe. Uno de los autores que ha afirmado esto es Enrique Anderson Imbert, quien cree que “quienes existen son los críticos. La crítica es algo que hacen los críticos.”<sup>35</sup> Anderson Imbert, claro, se entrapa, pues al realizarla, la crítica existe.

Asimismo, nos asegura que no hay progreso en la historia de la crítica, dado que para él esta actividad es “individual y cerrada a la manera del arte, no colectiva y abierta a la manera de la ciencia.”<sup>36</sup> Para este autor, las funciones de la crítica serían tres, pero sólo una de ellas le parece distintiva: “una función reproductora, por la cual el crítico responde individualmente a la obra que lee, la gusta, la vive y la hace suya (aunque sea para luego rechazarla); una función interpretativa, mediante la cual el crítico levanta su andamiaje, construye su aula y explica la obra al público; y una función valorativa, que hace del crítico un juez. De estas tres funciones sólo la tercera –la de decirnos si una obra es o no bella– me parece exclusiva de la crítica.”<sup>37</sup> Aquí debemos decir que se trata de una idea que tal vez es válida en los esquemas de crítica más “clásica”, dado que las escuelas contemporáneas –entre ellas la Escuela de Frankfurt, sólo por nombrar a alguna– han desechado. Quizá acá tengamos un punto –que volveremos a visitar más tarde– que caracterice a una crítica ideal o nos sirva para esbozar algunas características principales de lo que debe ser o no una crítica y cómo debieran actuar para esta crítica ideal los críticos también supuestamente ideales.

T.S. Elliot –quien veía a la crítica como un proceso de reajuste entre la poesía y el mundo en el cual y para el cual se produce– relaciona a la crítica con la actividad filosófica, y pensaba que, al igual que ella, “es inevitable y no requiere justificación”<sup>38</sup>.

---

<sup>35</sup> ANDERSON IMBERT, Enrique. La crítica literaria: sus métodos y problemas. Pág. 100. Alianza Editorial. España. 1984.

<sup>36</sup> ANDERSON IMBERT, Enrique. Op. cit. Pág. 113.

<sup>37</sup> ANDERSON IMBERT, Enrique. Op. cit. Pág. 133.

<sup>38</sup> ELLIOT, T.S. Función de la poesía y función de la crítica. Pág. 33. Editorial Seix Barral. España. 1968.

Este autor, en contraste, entiende por crítica propiamente tal a “toda actividad intelectual encaminada bien a averiguar qué es poesía, cuál es su función, por qué se escribe, se lee o se recita, bien –suponiendo, más o menos conscientemente, que eso ya lo sabemos– a apreciar la verdadera poesía”<sup>39</sup>. El académico chileno Bernardo Subercaseaux también se orienta por esta línea, asegurando que “nadie discute, por ejemplo, que además de tener como objetivo básico la comprensión del fenómeno literario en toda su complejidad, la crítica es también un factor importante de valoración y orientación y que incide, por ende, en el gusto y en la moda literarios.”<sup>40</sup> En el Congreso de Concepción de 1994, el escritor Federico Schopf declaró que “la crítica no sólo valora, no sólo contrasta a la obra con la suma de los valores vigentes (suma que sólo como nostalgia retiene la conjunción armónica de lo bello, lo bueno y lo verdadero), sino que más bien indaga la constitución de otros valores: los que (de)generan el texto.”<sup>41</sup> Esto, refiriéndose al tema que convocó a críticos, escritores y académicos, vale decir, la crítica literaria en la prensa chilena.

Guillermo Sucre, en tanto, en su ensayo *La nueva crítica*, indica que “toda gran crítica supone, por supuesto, un método”<sup>42</sup>. El método al que se refiere, sería una relación personal del crítico con la obra y tras él existiría un sistema de ideas, que no operan como categorías permanentes, sino que se encuentran en función particular de la obra y de la experiencia que ella suscita. En cambio, para el argentino Ricardo Piglia, la crítica “expresa, a veces de un modo refinado, a veces de un modo trivial, lo que es el sentido común de una época; la concepción literaria media está fija en la crítica”<sup>43</sup>. El académico chileno Manuel Jofré asegura que “la crítica literaria, situada entre el escritor y el lector, al igual que la obra, es una estrategia textual, ética, estética,

---

<sup>39</sup> ELLIOT, T. S. Op. cit. Pág. 29-30.

<sup>40</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. *Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982*. Pag. 2. Ceneca. Santiago, Chile. 1983.

<sup>41</sup> SCHOPF, Federico. Más allá del optimismo crítico. Pags. 178-183. *En* *La crítica literaria chilena*. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto. Chile. 1995.

<sup>42</sup> SUCRE, Guillermo. Op. cit. Pag. 259.

<sup>43</sup> PIGLIA, Ricardo. Op. cit. Pag. 166.

crítica e incluso narrativa.”<sup>44</sup> El problema de la crítica, para el autor Edward Said, en cambio, no es que no se discuta sobre ella, sino que “está considerada esencialmente como algo que se define de una vez por todas por su carácter secundario, por la desgracia temporal de haber aparecido después de los textos y los acontecimientos que supuestamente trata”<sup>45</sup>.

De este modo, podemos apreciar que los diversos autores coinciden en que la función valorativa de la crítica es fundamental para la existencia de la misma. La función interpretativa, asimismo, es de gran importancia al hablar de crítica literaria. Además, se la considera como expresión del sentido común de la época a la que pertenece y debería contar con un método que le permita acercarse al texto que analiza para transformarse en una estrategia textual, ética, estética y narrativa y, así, superar el carácter secundario al que se la ve relegada respecto de la obra que estudia.

---

<sup>44</sup> JOFRÉ, Manuel. Lecturas de la crítica literaria chilena. Pág. 45. En *La crítica literaria chilena*. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto. S.A. Chile. 1995.

<sup>45</sup> SAID, Edward. *El mundo, el texto y el crítico*. Pág. 74. Editorial Random House Mondadori. España. 1983.

## 4.2 Función crítica

Asimismo, la función que la crítica deba tener o posea es un tópico que también es discutible. Roland Barthes, en sus *Ensayos Críticos*, señala que “puede decirse que la tarea crítica es puramente formal: no es descubrir en la obra o en el autor analizados, algo ‘oculto’, ‘profundo’, ‘secreto’ que hubiera pasado inadvertido hasta entonces, sino tan sólo ajustar, como un buen ebanista que aproxima, tanteando ‘inteligentemente’, dos piezas de un mueble complicado, el lenguaje que le proporciona su época (existencialismo, marxismo, psicoanálisis) con el lenguaje, es decir, con el sistema forma de sujeciones lógicas elaborado por el autor según su propia época.”<sup>46</sup> Incluso nos dice que su función es únicamente elaborar por sí misma un lenguaje cuya coherencia lógica y sistemática pueda integrar la mayor cantidad de lenguaje del autor que se analiza.<sup>47</sup> En cambio, para T. S. Elliot, las metas de toda labor crítica debieran ser responder a las preguntas ¿qué es la poesía? y ¿Es este un buen poema?<sup>48</sup> y, desalentado, nos dice que “no hay entusiasmo teórico que baste a responder a la segunda cuestión porque no hay teoría que vaya lejos si se funda en una experiencia directa con la buena poesía; asimismo, nuestra directa experiencia con la poesía requiere una buena cantidad de actividad generalizadora”<sup>49</sup>. Para Adolfo de Nordenflycht, en cambio, lo que hace falta es “pensar la función crítica como ganancia de libertad y no reseña alienante, que extiende –consciente o no– el dictado de cualquier poder”<sup>50</sup>.

---

<sup>46</sup> BARTHES, Roland. Op. cit. Pag. 350.

<sup>47</sup> BARTHES, Roland. Op. cit. Pag. 349.

<sup>48</sup> ELLIOT, T. S. Op. Cit. Pag. 30.

<sup>49</sup> *Ibíd.*

<sup>50</sup> DE NORDENFLYCHT, Adolfo. Otra vuelta de victrola. Pag. 148. *En* La crítica literaria chilena. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto. S.A. Chile. 1995.

Edward Said –y nos unimos a él– dice en *Humanismo y crítica democrática*, acercándose a la responsabilidad que conlleva la función crítica que se debe “entender la crítica como forma de libertad democrática y como ejercicio de continua puesta en cuestión y acumulación de un conocimiento abierto a las realidades históricas (...) y no un conocimiento que niegue todo lo anterior”<sup>51</sup>.

Así, en el recorrido por estos autores podemos que, además de la importancia fundamental que tendrían las funciones interpretativa y valorativa de la crítica, aparece la función de crear un lenguaje coherente y lógico con la obra del autor analizado, dado que la crítica incidiría tanto en el gusto como en la moda literarios. La crítica, considerada como una ganancia de libertad y debiera ejercerse sin necesitar una justificación pues, tal como se señala más arriba, se trata del ejercicio de una libertad democrática.

---

<sup>51</sup> SAID, Edward. *Humanismo y crítica democrática*. La responsabilidad pública de escritores e intelectuales. Pág. 69. Editorial Debate. España. 2006.

### 4.3 Crítico...¿un ideal?

La figura del crítico, en tanto, al igual que lo sucedido con la crítica, también ha sido afrontada y definida de modos diferentes, sin llegar ninguno a ser conclusivo del todo. Para el autor Guillermo de Torre, por ejemplo, el crítico tiene que tener, si no un sistema cerrado “sí un criterio, unos puntos de vista que le permitan situar y valorar. Sin estas dos condiciones –particularmente sin valoración- no hay crítica que valga. Habrá variaciones sobre un tema, habrá divertimentos formales, pesquisas sociológicas, psicoanalíticas, etc., pero no una crítica valedera propiamente dicha.”<sup>52</sup> Enrique Anderson Imbert, en cambio, creía que toda clasificación era insuficiente, puesto que no habría un crítico que se imponga a un solo tipo de crítica ni tampoco a un solo método: “Todas las disciplinas intercambian sus resultados cuando es un buen crítico quien está estudiando la literatura; todos los tipos se mezclan cuando es un buen crítico quien la está juzgando” <sup>53</sup>. Pero las clasificaciones siempre han existido y para T. S. Elliot “lo primordial de todo crítico es su aptitud para seleccionar el buen poema y rechazar el malo; reconocer el buen poema nuevo que responde propiamente a las nuevas circunstancias es la mejor prueba de su aptitud. La experiencia poética, tal y como se desarrolla en la persona madura y consciente, no consiste en una mera suma de experiencias frente a diversos poemas; la educación, en poesía, requiere una ordenación de experiencias”<sup>54</sup>.

Para el periodista Iván Quezada, en tanto, ser crítico “es una especie de ir contra la corriente”, mientras que el escritor Alejandro Lavquén cree que “es pretender saber más que el libro, más que el propio autor del libro”.

---

<sup>52</sup> DE TORRE, Guillermo. Nuevas direcciones de la crítica literaria. Pág. 135. Alianza Editorial. Madrid. 1970.

<sup>53</sup> ANDERSON IMBERT, Enrique. Op. cit. Pag. 99.

<sup>54</sup> ELLIOT, T.S. Op. cit. Pag. 32.

Según Quezada, el crítico ideal debiera tener “independencia de criterio”, como una característica principal. “Si vas a escribir una crítica sobre un libro, expresar exactamente lo que crees, no estar mintiendo, calculando los beneficios, los costos de escribir sobre tal o cual persona. Eso es lo que yo creo que es más importante. Hay mucha gente que se ha organizado. Hay mucha gente que se ha organizado de esa manera para prosperar, para ganar dinero”.

Rodrigo Pinto, en cambio, asegura que lo primero es “un hábito de lectura muy sistemático. Hay que leer de todo y permanentemente. Y en segundo lugar, tener una mirada sobre la literatura”.

Consultado por los atributos ideales de un crítico literario, el periodista y escritor Ernesto Ayala, señala que “no es que yo los tenga, por supuesto. Esto es casi lo que yo no tengo, lo que me falta: creo que debe tener erudición, pues te da autoridad. Un crítico también debería saber escribir, saber transmitir lo que uno quiere decir. Que la crítica sea clara, entendible, me parece fundamental. Este es un requisito super difícil porque la crítica literaria tiene su propio lenguaje, un metalenguaje. También hay que ser literariamente sensible, ser un tipo educado en la sensibilidad literaria, alguien que sea capaz de emocionarse y de educarse, participar de la búsqueda del libro.”

Grínor Rojo, en tanto, dice que “esperaría, en términos ideales, que ese crítico público tenga un conocimiento de la historia literaria adecuado. No tiene que ser un especialista, pero tiene que tener un conocimiento adecuado de la historia literaria”. Para él, sería esencial que el crítico literario en prensa escrita “tenga un conocimiento de la teoría y de los métodos de trabajo con la literatura”.

El académico de la Universidad de Chile señala también que “esperaría, lo que es el *sine qua non* del crítico público, que esté al tanto de lo que está apareciendo en el ámbito literario y que tenga la lucidez, pero al mismo tiempo la discreción para determinar entre eso que está apareciendo recién aquello que puede ser interesante para su público”.

Añade que “la forma de escribir es importante en un doble sentido. Primero, el crítico público tiene que ser capaz de llegar a sus lectores, hablar con un lenguaje que un lector medianamente educado está en condiciones de seguir. Por lo tanto no puede ser un lenguaje especializado, un lenguaje de secta. Pero por otro lado, y esto es algo que yo hecho de menos, el lenguaje de ese crítico público tiene que ser un lenguaje de suficiente calidad como para constituir un modelo frente a ese lector general, un lector habitual de periódico.”

Para el escritor Alejandro Zambra, “lo deseable son dos cosas. Una, es que deje ver su arbitrariedad. Un buen crítico, en ese sentido, es predecible. Un lector que sigue su columna debería saber más o menos qué entiende por literatura ese crítico al leerlo semana a semana. Porque finalmente lo que encuentre bueno o lo que encuentre malo va a estar en función de un cierto criterio, de una cierta idea de la literatura y eso hay que dejarlo ver.”

Zambra agrega que, por otra parte, “el crítico debe tener una capacidad enorme para enfrentar sus prejuicios, para esas mismas arbitrariedades eventualmente modificarlas.” Para él, la pluma también es un factor importante, puesto que “el crítico tiene que tener una capacidad argumentativa bien evidente, bien visible y tener la capacidad de poner ejemplos”.

Matías Rivas cree que un crítico debe ser, por sobre todo, un buen lector, “no un lector nuevo. Un lector que venga leyendo libros hace muchos años. No alguien que ha leído lo que le han dicho en la universidad no más. Eso no vale. Un tipo que tenga mucha afición literaria y, por ende, que tenga resistencia a distintos tipos de escrituras, que sea capaz de leer un libro de ensayos, poesía, narrativa”, pues para Rivas el crítico debe estar preparado para resolver diferentes registros y formatos. El académico de la Universidad Diego Portales, además, señala que un crítico debe “ser un buen lector, escribir correctamente, digamos, ser capaz de armar un relato en la crítica, estar informado y escribir de una forma enganchadora, con cierta fuerza. Yo creo que los críticos no pueden ser muy tibios ni injustos, por ende.”

Según el escritor Alejandro Lavquén, la objetividad es clave. “En el análisis de los textos, porque siempre hay una arbitrariedad –en el buen sentido de la palabra. Todos somos arbitrarios en el momento de decir–, pero eso también debe ir complementado con una objetividad en cuanto a lo que se está leyendo, deshacerse de amistades si es que se critica a algún amigo. Con los autores siempre hay que tener una cierta distancia. No hay que confundir el autor con lo que escribió”.

En tanto, el sociólogo Marcelo Maturana asegura que “fuera de escribir bien y tener sensibilidad literaria de alguna clase, entender algo, que te guste, que te interese la literatura, no creo que tenga que tener atributos especiales como leer mucho, por ejemplo.”

Para Camilo Marks, el crítico ideal debe “tener un rango, una amplitud de lectura bastante profunda. Y junto con eso también tiene que escribir bien. Tiene que escribir tan bien como la mayoría de los escritores que critica”. Ejemplifica esta

condición con una crítica respecto a una obra de Roberto Bolaño: “tienes que saber algo de la novela del siglo XIX porque es un autor que tiene ciertas técnicas de narración propias del ese siglo.” Agrega que se debe contar con “la capacidad de relacionar la literatura con otras artes. Y eso lo tienen muy pocos críticos.”

Patricia Espinosa cree que debe “en principio ser un gran lector, un lector desesperado. Es decir, un sujeto para quien el acto de lectura, más allá de la calidad de los textos, sea un placer. Creo además que un crítico debe intentar transgredir constantemente sus cánones, estar dispuesto de algún modo a sorprenderse, estar abierto a la experimentación a las nuevas propuestas, a diversificarse en cuanto al criterio de gusto literario. Asumir ideológicamente la diversidad, me parece fundamental en un crítico. Y digo esto porque en general los críticos tienen horizontes de expectativas demasiado acotados y predecibles, que coartan su quehacer crítico”.

La doctora en literatura añade que “el crítico debe situarse, como dice Edward Said, en la época, la historia, dialogar con las hegemonías discursivas; en definitiva, hacer dialogar el texto con el fuera del texto, con aquel marco en el que obviamente se inscribe la triada autor-texto-crítico.”

La importancia que se le atribuye a la figura del crítico en la sociedad varía, también según los diferentes autores. I. A. Richards, por ejemplo, cree que “el crítico está vinculado con la salud de la psique como el médico lo está con la salud del cuerpo. Proponerse como crítico es proponerse como juez de valores. Porque las artes son, inevitablemente y al margen de las intenciones del artista, una valoración de la existencia.”<sup>55</sup> Pero no todos creen que sea el crítico una figura tan bondadosa. Hay quienes, como Rodrigo Cánovas, piensan que “los críticos, pequeños hombres ilustres,

---

<sup>55</sup> RICHARDS, I.A. Fundamentos de la crítica. Pag. 37. Editorial Huemul. Argentina. 1976.

dictan cátedra, combinando de un modo armonioso aciertos con disparates, compitiendo por un lugar en la mente del insulso lector”<sup>56</sup>. En el otro extremo, se ubica T.S. Elliot, quien dice que aunque el crítico no puede crear un gusto, “una de las funciones del crítico es ayudar al público literario de su tiempo a darse cuenta de que tiene mayor afinidad con un poeta o con un tipo de poesía o con una época que con otros.”<sup>57</sup> Edward Said, en cambio, plantea que “el crítico es responsable hasta cierto punto de articular aquellas voces dominadas, desplazadas o silenciadas por la textualidad de los textos.”<sup>58</sup>

Eduardo Guerrero, en el Congreso de Concepción realizado en 1994 se acercó a las características de un crítico ideal y destacó cinco condiciones principales que debe tener un crítico: “1) Placer por la lectura (o displacer en determinadas ocasiones); 2) Cierta conocimiento de teoría literaria; 3) Capacidad de transmitir ‘creativamente’ su propio discurso; 4) Especial sensibilidad o intuición para acercarse al objeto artístico; 5) Estado de continua alerta sobre la aparición de nuevos escritores o de obras que vayan a significar un valioso aporte al sistema literario. Es decir, la exigencia primordial estriba en la capacidad que debe poseer el crítico de analizar el texto, de ubicarlo en un específico contexto sociopolítico y cultural, de relacionarlo con otros textos del mismo autor, con la finalidad de entregar al lector una información elemental, pero no exenta de un sentido que supera –obviamente– el ámbito informativo”.<sup>59</sup>

Guillermo Sucre, nos aclara que si bien el autor no tiene la última palabra, tampoco la tiene el crítico. “En efecto, el crítico no pretende imponer un código de

---

<sup>56</sup> CANOVAS, Rodrigo. ¿De qué crítica estamos hablando? Pág. 115. En La crítica literaria chilena. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto S.A. Chile. 1995.

<sup>57</sup> ELLIOT, T.S. Criticar al crítico y otros escritos. Pag. 23. Alianza Editorial. España. 1967.

<sup>58</sup> SAID, Edward. El mundo, el texto y el crítico. Pag. 77. Editorial Random House Mondadori. España. 1983.

<sup>59</sup> GUERRERO, Eduardo. Reflexiones de un crítico. Pag. 92. En La crítica literaria chilena. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto S.A. Concepción, Chile. 1995.

referencias inamovible y eterno; sabe, por el contrario, que su comprensión de la obra no sólo no es única sino también personal, y hasta la asume como aventura.”<sup>60</sup>

Said, en este sentido, concluye que para el crítico “el desafío que plantea este mundo secular es que no se puede reducir a una teoría explicativa o de los orígenes, ni mucho menos a una recopilación de generalidades culturales.”<sup>61</sup>

Para I. A. Richards, “este artificio de juzgar el toro por los detalles, en lugar del camino inverso, de confundir los medios con el fin, la técnica con el valor, es, en realidad, con mucho, la más efectiva de las trampas que acechan al crítico”<sup>62</sup>. Ricardo Piglia, en tanto, señala como defecto de los críticos que “nunca se refieren a su lugar de enunciación, a las condiciones sociales de su lectura y los conflictos que tratan de resolver”<sup>63</sup>.

La figura del crítico no es siempre bienvenida y muchas veces se la llega a detestar. “Es cosa sabida que el crítico –aunque con tal designación no pase de aludirse, por regla general, al revisterismo de libros, al cronista de espectáculos o de exposiciones- es un ser que goza de “mala prensa” como pocos otros en la fauna letrada. Empero la crítica es indispensable, mas, no por ello paradójicamente bien recibida (...) Muchos toman la crítica como un aguafiestas de la literatura”<sup>64</sup>.

Es así como podemos señalar que un crítico *ideal* debiera tener manejo de teoría literaria y un método para aproximarse al texto que criticará. Asimismo, debiera

---

<sup>60</sup> SUCRE, Guillermo. Op. cit. Pag. 261.

<sup>61</sup> SAID, Edward. Op. cit. Pag. 43.

<sup>62</sup> RICHARDS, I.A. Op. cit. Pag. 13.

<sup>63</sup> PIGLIA, Ricardo. Op. Cit. Pag. 157.

<sup>64</sup> DE TORRE, Guillermo. Op. Cit. Pag. 67.

estar informado respecto a las novedades que aparecen, pero con un olfato casi detectivesco para no ceder ante la batalla editorial y el marketing. Además, le correspondería hacer dialogar la obra con su época, su historia, con otras obras del autor e incluso con otras artes si fuera necesario. Esto, con un lenguaje claro y atractivo, dejando ver el criterio que utilizar y el lugar desde donde escribe.

## 4.4 Crítica medial

El sistema de producción literaria chilena (que involucra al menos –como ya se ha señalado– a escritores, editores, críticos, medios y lectores) cuenta con bajos niveles de lectoría<sup>65</sup> y su presencia es escasa en los imaginarios culturales del país, entre otras muchas carencias. Crear conocimiento acerca de su funcionamiento permite detectar falencias y –eventualmente– reaccionar, o por lo menos, abrir el debate acerca de lo que hace falta hacer para mejorarlo. En ese sentido, generar conocimiento específico acerca de la crítica literaria es un aporte, puesto que este actor es el que más directa y profundamente se encuentra en la interface con los lectores (sin los que el sistema no tiene sentido) y ese es precisamente el objetivo de este reportaje: tratar de hacer una sistematización acerca del oficio del crítico en cuanto a saber hacer, dentro de un sistema con una función clave (contactar el público con lo que se escribe, sin mediar intereses más que los estéticos<sup>66</sup>). Pero no son sólo los factores estéticos los que están en juego –y, de hecho, no nos centraremos en ellos– sino que lo que nos interesa es dar cuenta de otras zonas de disputa, entre las que se destacan, a propósito del *affaire* Bonsái, las políticas y sociales, los lugares en el subcampo. Ahora bien, y esto esperamos responderlo más adelante, ¿contra quién combate el crítico finalmente?, ¿a qué fines apunta su estrategia?

Pero sigamos. En el sistema de la crítica literaria moderna, vemos que el crítico aparece como mediador entre el mensaje del autor de la obra literaria y su receptor, es

---

<sup>65</sup> En la Encuesta sobre Consumo Cultural y Uso del Tiempo Libre 2004, del INE, señala que el 60,3% de la población encuestada no había leído un libro en los últimos 12 meses (exceptuando textos o manuales de estudio).

<sup>66</sup> Concibo el trabajo propio de la estética más como un proceder analítico-crítico en relación a las producciones culturales características de un tiempo y una circunstancia social determinada, que como un conocimiento “sustantivo” en sí mismo, es decir la estética será más una práctica política que una discursividad sobre la esencia del arte, las particularidades de sus objetos tradicionales y sus respectivas técnicas.

decir, el posible lector de dicha obra literaria. Vinculados a este sistema de la industria cultural, además, aparecen las casas editoriales y los medios de comunicación, que ejercen presiones de diversa índole para que determinados libros sean criticados y, en consecuencia, difundidos.

Pero pasa que lo que se entiende comúnmente como crítica literaria, además, se puede dividir entre crítica académica y crítica en prensa, medial o pública. Si bien el tema de este reportaje se enfila hacia la práctica de la crítica periodística, para que la diferencia quede más clara, tomaremos como referencia lo que Manuel Jofré y Bernardo Subercaseaux han dicho al respecto. El primero, señala que “la crítica literaria en Chile se manifiesta en un gran universo: aquel conjunto de bibliografías, reseñaciones, reseñas, notas, comentarios, reportajes y entrevistas sobre libros y autores que aparecen regularmente en un medio de comunicación impreso. Hay otro conjunto que es la crítica literaria universitaria, académica, que escribe libros, artículos, ponencias, notas y reseñas en menor número, pero de una calidad más concentrada”<sup>67</sup>. El segundo, en tanto, expresa que “visualizamos la crítica como un aspecto amplio con dos vertientes, una de ellas se aproxima a la teoría literaria y asume la crítica como una estructura de pensamiento en cierta medida autosuficiente, con relativa independencia de su objeto; la otra, en cambio, es más bien, en su grado extremo, una caja de resonancia, en epifenómeno que se aproxima al periodismo y en última instancia a la publicidad”<sup>68</sup>.

Hablamos entonces de una crítica literaria que se diferencia de la que se da en la academia por su formato y también por su función, puesto que es mucho más cercana de las personas comunes y corrientes, tiene mayor difusión, y pretende ser un nexo –además de un nuevo vistazo– entre la obra literaria y los lectores. En ese sentido, buscaría difundir, mucho más que analizar exhaustivamente; acercar y

---

<sup>67</sup> JOFRÉ, Manuel. Op. Cit. Pag. 43.

<sup>68</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Op. cit. Pag. 1.

entregar una mirada posible, más que una conclusiva. O como señaló el académico chileno Manuel Jofré<sup>69</sup>: Los textos de la industria cultural de la crítica literaria periodística, impresa, van en periódicos diarios o revistas noticiosas semanales, implican una evaluación coyuntural conectada con el presente de la enunciación del texto, son pauteados previamente, revisados pensando en su impacto como noticia. Su objetivo es dar cuenta, informar, seleccionar y promover libros. De todas formas, la crítica literaria académica será vista en mayor profundidad en el capítulo que viene.

Entonces, el tipo de crítica literaria al que nos abocaremos principalmente será el que se ocupa de las obras literarias en un medio de prensa escrita de carácter masivo, por lo que el receptor será mucho más amplio y menos especializado o conocedor y los objetos de los que se hace cargo son obras de aparición reciente.

Respecto a la crítica literaria en prensa, el académico chileno Rodrigo Cánovas cree que las funciones principales de la crítica periodística son la información y la valoración, pero que en la función valorativa se tiende a subestimar al lector, mientras que Jofré cree que “la crítica periodística es interpretativa, altamente descriptiva y especulativa, y corresponde a un proceso de una sola lectura (...)La crítica periodística de la literatura es parte de la industria cultural, su lógica es la del mercado, se quiere mostrar un producto para su venta, es parte del proceso ideológico que acompaña la venta de mercancías culturales”<sup>70</sup>. Pero no sólo se queda en la descripción, sino que la compara con la crítica académica: “la crítica periodística en los medios suele ser altamente impresionista, normativa, prescriptiva, preocupándose más del libro que de la literatura misma. Posee un léxico menor y más frecuente”<sup>71</sup>.

---

<sup>69</sup> JOFRÉ, Manuel. La crítica literaria en la universidad y en el periodismo. Pag 265. En Actas del Congreso SOCHEL. RIL Editores. Chile. 1999.

<sup>70</sup> Ibid.

<sup>71</sup> Id.

Desde el punto de vista de Grínor Rojo la “crítica pública, crítica periodística, es en cierto sentido un subproducto de lo que es la crítica en realidad, que es lo que se hace en el ámbito universitario”. En cambio, el escritor chileno y crítico de Las Últimas Noticias, Alejandro Zambra, a pesar de que cree que a la crítica medial le faltan tipos expertos, dice que nunca tuvo algo parecido “al prejuicio que predomina en la academia, que fundamentalmente es considerar que la crítica en prensa es una idiotez, que no sirve para nada y es super epidémica. Yo creo que muchas veces eso es cierto, pero que es un género muy acotado y muy difícil. La crítica literaria justamente es muy difícil por eso, porque requiere estar alerta a demasiadas cosas”.

Para Iván Quezada “el crítico literario no puede estar en virtud de su público en el sentido que no puede crear un hábito de lectura en la gente. No es culpa de él que la gente no lea”. Para este periodista, lo ideal sería que se trate de elevar el nivel de los lectores “y presentarse con alguna libertad de criterio, no sólo para venderles la pomada”. Apoyando esta idea, el escritor Ernesto Ayala señala que cuando escribe una crítica literaria “me imagino que el que me está leyendo es tanto o más inteligente que yo. No estoy educando, estoy escribiendo para gente inteligente. Trato de ser claro, pero no necesariamente didáctico”.

Contrario a lo expuesto por Quezada y Ayala, el crítico Rodrigo Pinto, cree que “siempre la idea es estimular más lectura antes que señalar lo que no hay que leer”. También apunta que se debe hacer un ejercicio lo más lúdico posible, todo en pro del lector. “O sea, leer es un placer y escribir sobre un libro es un placer. El reseñismo o la crítica literaria en prensa tiene como función básica el tener contacto con el lector. Y en ese sentido hay una obligación de claridad meridiana y de ejercer de alguna manera el oficio de la escritura, escribir columnas que también sean entretenidas, provocadoras, que inviten a leer tanto la reseña como el libro”.

Para el editor Marco Antonio Coloma, el ideal es que la crítica literaria debe ser vinculada “con la cultura en todas sus manifestaciones, las cuestiones sociales, políticas, culturales, con quién se sacó la foto el señor, a quién apoyó y a quién no. Todos son hechos de la causa”. Federico Schopf, en tanto, señaló en el Congreso de Concepción que “la crítica más bien puede (re)construir o anticipar los nuevos parámetros, incluidos aquellos con los que se juzga la tradición. La crítica puede (re)construir los conceptos para la comprensión y análisis de las nuevas obras y las antiguas a la luz y sombra de la situación actual.”<sup>72</sup>

Dentro de los géneros de la crítica literaria en prensa, dice Guillermo de Torre, la reseña “ha venido a ser la única expresión crítica en muchas publicaciones. Su calidad habitualmente no es muy alta –salvo en ciertas revistas y en algunos suplementos especialmente literarios–, en cambio su valor de difusión es crecido, desde el momento en que tanto el lector distraído como el atento, al tomar una publicación periódica en sus manos, el lugar donde primero pone su vista es en las páginas finales de reseñas”<sup>73</sup>.

Pero Manuel Jofré cree que “los textos de la industria cultural de la crítica literaria periodística, impresa, van en periódicos diarios o revistas noticiosas semanales, implican una evaluación coyuntural conectada con el presente de la enunciación del texto, son pauteados previamente, revisados pensando en su impacto como noticia. Su objetivo es dar cuenta, informar, seleccionar y promover libros. Alcanzan un alto número de lectores”.<sup>74</sup> Jofré agrega, además, que “la crítica literaria en Chile se manifiesta en un gran universo: aquel conjunto de bibliografías, recensiones, reseñas, notas, comentarios, reportajes y entrevistas sobre libros y autores que aparecen regularmente en un medio de comunicación impreso. Hay otro

---

<sup>72</sup> SCHOPF, Federico. Más allá del optimismo crítico. Pag. 178-183. En *La crítica literaria chilena*. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto. Chile. 1995.

<sup>73</sup> DE TORRE, Guillermo. Op. cit. Pag. 60.

<sup>74</sup> JOFRÉ, Manuel. Op. Cit. Pag. 265.

conjunto que es la crítica literaria universitaria, académica, que escribe libros, artículos, ponencias, notas y reseñas en menor número, pero de una calidad más concentrada”.<sup>75</sup>

No obstante esta situación, tanto para Guillermo de Torre como para Edward Said, la forma ideal y principal de escribir crítica es el ensayo, pues es “el género que mejor responde a las solicitudes múltiples de la temática contemporánea y la curiosidad diversificada del escritor que ante el espectáculo intelectual *siente y razona* al mismo tiempo; que sin renunciar a su sensibilidad, pero sin dejarse gobernar por ella, aspira a la lucidez; que manteniendo su subjetivismo tiende a cierta objetividad interpretativa”<sup>76</sup>. En tanto, para el académico de la Universidad Diego Portales, Matías Rivas, “la crítica en diario es como la columna, tiene que tener impacto y si no, no pasa nada. Si no tiene impacto, va decreciendo.” Del mismo modo, Rivas cree que “la crítica literaria en prensa es más similar a las columnas de opinión”. Para Alejandro Zambra, en cambio, “la crítica literaria en prensa cobra y debería cobrar casi siempre la forma de reseña”.

De este modo, podemos decir que la crítica literaria en prensa no sólo nos informa respecto a las novedades editoriales, sino que sirve como nexo entre la literatura y el lector común y para valorar y evaluar la obra criticada. Aunque no pueda generar un gusto literario en su público, sí es una estrategia narrativa que tiene una gran difusión al emplazarse en medios de comunicación masivos. Tomando en cuenta lo anterior, la crítica literaria en prensa es un género periodístico complejo pues debe responder a múltiples exigencias, entre las que destacan, el situar y evaluar la obra a la que se refiere, ser capaz de articular las voces desplazadas de la textualidad y mirar, así, hacia los difusos límites.

---

<sup>75</sup> JOFRÉ, Manuel. Lecturas de la crisis de la crítica literaria chilena. Pag. 43. En La crítica literaria chilena. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto. Chile. 1995.

<sup>76</sup> Ibid.

## 4.5 Función(es) de la crítica periodística

La función que los diferentes sujetos puedan darle a la crítica literaria en prensa varía bastante. Para este texto seguiremos a Bernardo Subercaseaux cuando dice en “La crítica literaria como doble mediación”<sup>77</sup> que las funciones de la crítica que media entre el autor y su público son la “función informativa (descripción básica de la obra: tipo de texto, género, argumento, estructura, lenguaje); una hermenéutica, que postula sentidos e interpretaciones integradoras para entender el texto; intelectual, puesto que la crítica puede proponer una determinada perspectiva que vincule y ponga en relación obras dadas en un conjunto mayor y, finalmente, una función valorativa, que en el discurso crítico tiende a ser explícita”.

En este sentido, para el académico de la Universidad de Chile, Grínor Rojo, “la tarea del crítico consiste en eso: en darse cuenta que hay significaciones que son diferentes, que ese poema que uno está revisando, que está leyendo es un poema cuyo lenguaje a uno le está abriendo posibilidades de mundo y existencia. El crítico tiene la obligación de dar cuenta de eso”.

Pero según Alejandro Zambra “cuesta pensar que hay una función y que esa función –puede ser muy conservador decirlo así – pero sí es una mediación. Creo que es una mediación en todo sentido: con los lectores, etc.” El escritor agrega que “la función del crítico es enfocar con mucha atención a lo paraliterario, lo literario. Nunca dejarse llevar por esto que es bien ilusorio si la empresa está en la parafernalia de los catálogos, las entrevistas, las contratapas, que es algo que finalmente no está en el

---

<sup>77</sup> JOFRÉ, Manuel. La crítica literaria en la universidad y en el periodismo. Pag 265. En Actas del Congreso SOCHEL. RIL Editores. Chile. 1999.

interior de los libros. Es parte, pero hay que saber ponderarlo. Yo creo que hoy en día hay mucho analista cultural. Me refiero a que la manera de abordar lo literario es particularmente difusión". Uno que sí cree que existe una función de la crítica literaria en prensa es el crítico del quincenario *The Clinic*, Matías Rivas, quien siguiendo a Roland Barthes, cree que "la función de la crítica es detectar a los fascistas y detectar cuando la literatura es un ejemplo de fascismo".

Para el crítico del quincenario *Punto Final*, Alejandro Lavquén, "es mejor comentar libros, reseñarlos, darlos a conocer, que se sepa que existen, hacerlos visibles, hay que tener un sentido de solidaridad también en este asunto de la literatura". El escritor, además, añade que "el rol es hacer visible, pero es una cosa difícil porque pasa por conceptos que no son bien manejados. Posicionar libros y que éstos se vendan, en el fondo es eso. Objetivamente tiene que ser ese el lugar de la crítica en el mercado. El rol de la crítica literaria podría ser en la sociedad el encauzar a la gente para que lea ciertos libros que le van a dejar provecho, que le van a ser útil. A través de la literatura la gente puede tomar conciencia".

Refiriéndose al rol de la crítica literaria en el mercado Camilo Marks señala que "es muy poco. Es muy poca la gente que va a comprar un libro después de leer una crítica. Aún hay un grado de influencia, pero es menor". En tanto, respecto a su rol en la sociedad expresa que "es un rol de intermediación, de interlocución, de una lectura profesional que puede llegar a atraer".

Luego de hacer este pequeño recorrido por lo que algunos autores han dicho sobre la crítica medial y sus diversas funciones, podemos esbozar algunas líneas en las que convergen. En primer lugar, tenemos que los críticos periodísticos deben ser jueces de valores, tener un placer por la lectura, ser creativos, poseer conocimientos

sobre teoría literaria y ser activos para mover al lector de las críticas. Ésta, por su parte, debe poder situar y valorar la obra a la que se refieren, ser capaz de articular las voces dominadas o desplazadas, vale decir, hablar desde el borde, salir del centro hegemónico de poder (tanto fáctico como comercial, social y político) y mirar hacia los difusos límites. También debiera tratar de superar el ámbito informativo al que por diversas razones ha sido relegada. Debe contar con un carácter subjetivo asumido, ser capaz de interpretar. Además, tendría que poder dar cuenta —explícita o implícitamente— del ideograma tanto de la obra aludida como de la crítica misma. Asimismo, debe poseer un método y poder elaborar su propio lenguaje. Todo esto, claro, en un panorama ideal de la crítica y con críticos también modelos. Pero ¿qué pasa en la práctica con los críticos? ¿Cómo es su autoimagen? ¿Qué piensan de la función de la crítica? ¿Cómo evalúan el estado de la crítica chilena? Estas y otras interrogantes serán resueltas (si es que se pudiera) en el quinto capítulo de este reportaje.

## 4.6 Crítico periodístico

A estas alturas, ¿cómo podríamos definir a un crítico periodístico? Marco Antonio Coloma cree que “un crítico es el que se mantiene en el tiempo haciendo lo mismo. El crítico no es el que publica un rato en un diario y después se va a París, vuelve cinco años después. Ese tipo pierde la condición de crítico. Es importante la continuidad”. Coloma agrega que un crítico también se debe a cómo define el diario el texto: “no es lo mismo una columna que habla sobre un libro a un comentario que está diagramado con dos columnas y arriba dice crítica literaria de Juanito Pérez. Las disposiciones del texto en la gráfica del medio definen el objeto y en qué género estás inscribiéndolo”. A Matías Rivas, en tanto, “la idea de crítico como un sujeto solitario, que hace juicio, que sabe lo que es bueno, lo que es malo, lo que está bien o está mal escrito y que no habla de sus amigos” le parece simplemente inocente.

Para Alejandro Zambra el crítico tiene mucho poder “porque cualquiera que haya escrito crítica literaria por un rato, por un año, va a estar de acuerdo en que el crítico puede hacer lo que quiera con el libro. Ahí hay un poder que creo que es muy importante administrar bien y también es absurdo negarlo”. Zambra agrega que “un crítico siempre debería pronunciarse frente a lo literario que hay en un libro. Creo que en la práctica un crítico siempre debería pronunciarse respecto de por qué eso es literatura o por qué no lo es”.

La doctora en literatura y crítica de la desaparecida revista Rocinante, Patricia Espinosa, cree que “el crítico debe sospechar de cualquier totalización, de cualquier forma de reificación para evitar caer en el monologismo”. Dando una mirada a los críticos chilenos hoy, agudamente Espinosa agrega que “saben que ellos en tanto sujetos legitimados en la práctica crítica ocupan un lugar dentro del campo cultural que

no están dispuestos a perder. Temen al poder. Temen a los consorcios periodísticos. Temen a la desaparición mediática. Temen, fundamentalmente, a la práctica de un discurso que los exponga ideológicamente. Temen ser opositivos e independientes”.

Leonidas Morales, refiriéndose al género de la entrevista en crítica literaria, resalta que “la formación profesional del periodista no lo inviste de competencia en esta área (ni en ninguna otra). A lo más le entrega datos generales, no integrados al curso de un saber metódico”<sup>78</sup>. Esta situación, continúa, “desarrolla en él el dominio de la retórica del lenguaje como arte de la persuasión, aplicable a cualquier discurso y servicial a cualquier argumento, sin importar su verdad o falsedad, arte bien conocido ya desde los griegos, que inician su descripción con Aristóteles”<sup>79</sup>. Es así como, para Morales, “combinando esos datos generales con un uso hábil de los recursos retóricos, un periodista puede simular pero no instalar un saber real sobre la literatura”<sup>80</sup>.

Para Morales, no es “es admisible una crítica periodística que prescindiera de lo esencial del rico pensamiento teórico y crítico existente hoy sobre la literatura. Lo contrario significaría concebirla como un ejercicio banal, casi gratuito.”<sup>81</sup>

Agrega que el saber sobre la literatura los periodistas lo asumirían con un pseudosaber, que tomaría la forma de conocimiento más o menos obvio, por lo que el crítico periodístico se encuentra “desprovisto de encuadre teórico implícito, armado en general con ideas tópicos y visiones críticas próximas al estereotipo, o con los aportes,

---

<sup>78</sup> MORALES, Leonidas. El género de la entrevista y la crítica literaria periodística en Chile. Pag. 10. Revista chilena de literatura, N° 49. Universidad de Chile. Chile.1996.

<sup>79</sup> Ibid.

<sup>80</sup> Id.

<sup>81</sup> Id.

siempre frágiles conceptualmente, que provienen de una reflexión improvisada y dispersa sobre la obra”<sup>82</sup>.

Esta situación descrita por Morales causaría que el crítico periodístico, además de acercarse precariamente a una obra literaria analizada, sea más vulnerable a las mediatizaciones del mercado ejercidas, especialmente, desde la casas editoriales.

---

<sup>82</sup> Id.

## 4.7 Academia literaria

Siempre siguiendo a Bordieu, podemos decir que el campo de la crítica literaria se divide en los subcampos literario o académico y el subcampo periodístico. El segundo de ellos ha quedado esbozado en el apartado precedente. Ahora haremos lo propio con el primero, vale decir, con la crítica literaria que se da en la academia. Asimismo, las relaciones que se dan entre estos dos subcampos o las que debieran darse serán tratadas en un apartado posterior.

Las redes institucionales y los canales por donde se mueve cada uno de estos subcampos son diferentes. De ahí, tenemos que la crítica literaria que se da en la universidad tiende a dirigirse a un público menor y más especializado. Su divulgación se da mayormente en el circuito académico y se la suele acusar de enclaustrada y poco amigable en su lectura.

Si bien no pretendemos definir a la crítica académica, puesto que no es nuestro objeto de estudio, cabe poner atención a lo que los críticos literarios en prensa escrita opinan sobre este otro modo de crítica. El crítico Ernesto Ayala cree que “el problema de la crítica académica es justamente que está demasiado alejada del medio y al mismo tiempo en los medios hay pocos académicos escribiendo. Yo creo que le haría bien empaparse”.

Pero Marco Antonio Coloma opina que “lo académico no es crítica. Lo académico no es crítico en tanto estamos entendiendo por crítica un texto donde se emite un juicio de valor sobre el objeto. Yo creo que lo que hace la academia es instalar discusiones sobre textos en base a herramientas teóricas y modos de análisis

de moda, etcétera, pero no hay una intención de ponerlos en circulación en base a juicios”.

Para el editor, “la crítica literaria se ejerce en el espacio público. Y la academia es cada vez más un espacio privado. Está enclaustrada. No tiene efectos sobre la literatura en términos de su circulación. O si los tiene, son a muy largo plazo, después que ha pasado por los factores del mercado, las revistas”. El licenciado en letras señala que la ingerencia de la academia sólo estaría a la hora de formar el canon. En cambio, para Grínor Rojo, “lo que se hace en el ámbito universitario con la crítica es producir conocimiento sobre la literatura” y eso sí sería crítica literaria.

Alejandro Zambra, en tanto, señala que “la crítica académica suele ocuparse de cuerpos más grandes y de establecer relaciones. Tiene un nivel de eventual profundización mayor. Pero porque su objeto es otro”.

Para Camilo Marks “la crítica académica está dirigida a un público que conoce la obra, el texto y no hay que explicarle, no hay que decirle. Da por entendido que el lector ya es un lector profesional o que por lo menos tiene un acercamiento bastante completo a la obra. En ese sentido es más rigurosa, dirigida al público de la academia, a los estudiantes”.

La crítica Patricia Espinosa opina que “la crítica universitaria chilena se inscribe en la dominancia funcionalista; es decir, se interroga por el cómo opera un texto, cómo se ensambla, cómo constituye un sistema integrado y equilibrado en su conjunto. Le interesa evaluar y ‘presta demasiada atención a las operaciones formales del texto, y demasiado poca a su materialidad’. El texto aparece dissociado de su mundaneidad, pero no de su condición de unidad, sistema, organismo; por tanto rechaza el

experimentalismo, la fragmentariedad; es por ello que el funcionalismo se siente tan cómodo con la narrativa realista”.

Espinosa agrega que “si bien es cierto que la crítica académica cada vez más – y esto hay que agradecerlo a los Estudios Culturales– comienza a trabajar interdisciplinariamente, por tanto se aproxima a la noción de situada, hay que señalar que mantiene un irrestricto servilismo en cuanto a la aplicación del soberano método. He allí su gran caída”.

## 4.8 Prensa versus academia

No obstante las heterogéneas características que cada uno de los subcampos de la crítica literaria pueda tener, la diferenciación no es absoluta. No debemos olvidar que, aunque se muevan a través de canales diferentes, estén orientadas hacia públicos disímiles o incluso busquen objetivos diversos, el objeto del que se ocupan las une irremediablemente.

¿Debieran estar más unidas? ¿Se superpone una sobre la otra? Son los mismos críticos quienes responden:

Iván Quezada opina que una de las grandes diferencias radica en que “en la crítica literaria en prensa uno se puede equivocar, en cambio en la crítica literaria académica hay una especie de absolutismo, pues el académico sólo va a expresar su opinión cuando sea la verdad absoluta”. A pesar de este contraste –o quizá debido a él– el periodista no cree que una sea superior a la otra.

En tanto, para el crítico de la revista *El Sábado* de *El Mercurio*, Rodrigo Pinto, “la primera diferencia es que la crítica académica tiene el pecado del academicismo, está hecha por especialistas y pensada para especialistas, no para un público general. También es una crítica que es muy sensible a las modas intelectuales, lo que tiende a hacerla bastante críptica, oscura, poco entendible y alejada de los lectores”. Pinto agrega que, en definitiva, crítica literaria en prensa “sirve más para retroalimentar un

sistema académico, donde tienes que cumplir con publicaciones, que para servir como guía a los lectores”.

Según Ernesto Ayala a la crítica literaria en prensa le falta que haya más análisis, más expertos. “Siento que en la academia están tipos muy preparados que debieran saber escribir amigablemente y que le haría muy bien, porque hay muy pocos críticos buenos. Igual los más geniales siempre están conectados”, añade.

En cuanto a la relación que se da entre los dos subcampos de la crítica literaria, vale decir, entre la crítica académica y la que se da en prensa, Grínor Rojo señala que prácticamente no hay ninguna, pero que “la que debiera haber es una relación de mutua alimentación en el sentido de que el crítico académico lo que puede y debe proporcionar al crítico público es el saber sobre la literatura y además los instrumentos tanto teóricos como metodológicos para trabajar con la literatura. Del otro lado, lo que el crítico público le puede proporcionar al crítico académico es la frescura de un lenguaje que es capaz de acercarse a la gente y de hablarle a la gente en una jerga que no es una jerga de secta, que es lo que ocurre habitualmente con los lenguajes especializados”.

Refiriéndose a un posible intercambio, el editor Marco Antonio Coloma afirma que “si algo tiene que aprender la crítica de prensa de la crítica académica probablemente sean ciertas herramientas teóricas, pero un buen crítico no tiene que ir a buscar esas herramientas a la universidad. Las teorías están en los libros, los libros están en todas partes”. De todas formas, el crítico de El Periodista cree que no hay una influencia directa de lo que se produce en la academia en la crítica académica y que la distinción posible entre un subcampo y otro “ es falsa y es una ilusión”.

En cambio, Alejandro Zambra, piensa “que la crítica literaria académica tiene como materia prima la crítica literaria en prensa. La crítica literaria en prensa suele ser ‘inmediata’, se hace sobre libros que están saliendo. Tiene ese carácter ‘noticioso’ y por otra parte es un juicio literario. La crítica académica se nutre siempre”. En cuanto a la escasa relación que se daría entre los dos subcampos, agrega que “toda la incomunicación que hay entre una y otra me parece que habla tan mal de la crítica literaria periodística como de la crítica literaria académica. Me parece que es una estupidez”.

Para Matías Rivas, en cambio, “no existe ninguna relación. Los académicos se demoran mucho rato, están muy atrasados. Mientras que la crítica literaria en prensa tiene que ir al mismo tiempo que los libros que van apareciendo”.

Según el escritor Alejandro Lavquén “no hay mucha diferencia. Sí, el académico, creo que no está sometido a ninguna presión editorial, puede analizar el texto que le de gusto. En cambio el crítico en prensa de alguna manera está presionado por lo que le pide el editor que critique. La diferencia es esa, la presión. Yo creo que están vinculadas”.

Aunque Marcelo Maturana opina que la crítica académica es un poco más abstracta, también señala que dicha crítica “debería poder ser escrita en un lenguaje ameno, ágil, que no te aburra”.

Para Camilo Marks se trata de “una relación muy difícil”. Esto, puesto que, como ya lo ha expresado, la crítica académica sería mucho más rigurosa y “la crítica pública, en cambio, actúa más como intermediario entre el público lector, comprador y

la persona que emite un juicio de valor, porque la crítica es un juicio de valor, evalúa la obra. Esa es una de las diferencias”.

Aún con estas discrepancias, Marks piensa que “debiera haber acercamientos. La academia en Chile, por razones obvias –especialmente la Universidad de Chile – durante los años de la dictadura se encerró porque o si no, se censuraban las escuelas. Y se fue haciendo cada vez más claustrofóbica, cada vez más autoreferente. Eso pasa hoy en día en Chile con los académicos de literatura. No publican en diarios ni revistas. Publican en revistas especializadas que leen sólo entre ellos. Se promueven entre ellos”.

Asimismo, el crítico de la Revista de Libros de El Mercurio, opina que “falta un puente que una la academia con la crítica en prensa. Es un puente que es difícil cruzarlo cuando se ha ido creando estas diferencias de tanto tiempo”.

Patricia Espinosa, coincidiendo con los que dicen que la relación entre los subcampos es mucha, señala que “la razón por la que la crítica literaria universitaria vive en la actualidad un desfase epistemológico respecto a la crítica en prensa, es que la crítica en prensa ha considerado que el texto es un territorio limitado”.

Así, podemos apreciar que varios críticos coinciden en que los medios deberían dar espacio a los académicos y que éstos debieran estar en los medios, situar desde allí sus escrituras. Creemos que no se trata de que los medios “den” un espacio a los académicos, sino más bien haya aperturas de significado y se puedan de eliminar las brechas que medialmente separan a una, digamos, *intelligenza critica* de una meramente útil a los designios del mercado o del poder estatuido.

En este punto, es válido utilizar la figura del ensayo que se nombró con anterioridad. Así, podemos establecer diferencias entre la escritura académica, el paper como tal, de una escritura que busca lo literario en la teoría, o al revés, teoriza literariamente. Habría, entonces, un tercer espacio que podríamos adjudicar al ensayo, que aparece como espacio simbólico a ser ocupado por la crítica, independiente de la naturaleza académica o no de su autor. En cuanto a lo expresado más arriba por Espinosa, creemos que académicamente también se vive este encierro. Cegados por la textualidad del texto y poco más, la crítica académica no puede esperar atraer a nadie. En este sentido, las polémicas académicas no pesan nada si no logran extrapolarse a la naturaleza medial. No porque se trate de seguir la estela de los medios, sino porque lo que se busca es captar lectores.

## 5. El territorio. El ejercicio de la crítica literaria (estudio de campo)

### 5.1 Animal crítico. Brevísimas historia de la crítica literaria en prensa chilena

La crítica literaria nace en nuestro país junto con los periódicos. Para que tome el carácter de disciplina “será necesario que comience otro ciclo, el de la crítica académica, históricamente posterior al ciclo periodístico, pero sin que opere por reemplazo”<sup>83</sup>.

Claro que la crítica se daba de un modo diferente a lo que ocurriría en la modernidad, puesto que no contaban con un día fijo ni un espacio determinado dentro de los diversos diarios. Por lo general, sus autores eran hombres “públicos” que oscilaban entre el humanismo enciclopédico y la fuerte subjetividad del autor. Es así como, en palabras de Alvaro Matus, “los textos de la segunda mitad del siglo XIX, e incluso décadas del XX, destilan preocupación por el ‘buen gusto’, la ‘exquisita sensibilidad’, el ‘arte verdadero’, la ‘elegancia’”<sup>84</sup>.

---

<sup>83</sup> OCHOA, Alejandra. De la crítica letrada a la crítica comunicacional: crítica literaria en los medios de comunicación de masas en la segunda mitad del siglo XX en Chile. Pag. 17. Tesis para optar al grado de doctor en literatura con mención en literatura chilena e hispanoamericana. Universidad de Chile. Chile. 2003.

<sup>84</sup> MATUS, Álvaro. Op. cit. Pag. 24.

En ese tiempo, el pope habría sido Pedro Nolasco, quien “se lanzó con furia contra Orrego Luco, Edwards Bello y cualquiera que pensara distinto a él”<sup>85</sup>. Nolasco rebatía a cualquier escritor que atacara a la iglesia católica y para él, tanto el arte como la literatura debía ser claro y transparente.

Pero el sacerdote Omer Emeth –llamado en realidad Emilio Vaisse– sería para Matus “el primer signo de profesionalización de esta actividad intelectual”<sup>86</sup>, dice refiriéndose a la crítica literaria en prensa escrita. Debutó en 1906 con el seudónimo que significa en hebreo ‘el que dice la verdad’ y estaba convencido de que con regularidad –tanto en el lugar como en el tiempo– lograría influir en los lectores. Estuvo en El Mercurio por casi tres décadas. Es así como se instala la idea del crítico oficial que tanto pesa en nuestra pequeña historia de la crítica literaria.

De este modo, al concluirse las dos primeras décadas del siglo XX, se institucionaliza en el país la función de intermediación entre la producción y la recepción y consumo de las obras literarias, rol propio de la actividad crítica en medios de prensa.

Asimismo, Matus señala que la crítica de arte, entre las que también se encuentra la crítica literaria, llegó a su punto más alto entre los años 40 y 60 del siglo pasado. Toma preponderancia la figura de Hernán Díaz Arrieta, quien fuera conocido con el seudónimo de Alone. Si bien comenzó en La Nación, sería también en El Mercurio donde permanecería por décadas. “Era enfático, transparente y apasionado”<sup>87</sup> y, a pesar de convertirse en el crítico oficial, dejaba en claro que lo que él escribía eran sus ‘impresiones’.

---

<sup>85</sup> Ibid.

<sup>86</sup> MATUS, Álvaro. Op. cit. Pag. 26.

<sup>87</sup> MATUS, Álvaro. Op. cit. Pag. 27.

“Durante el reinado de Alone, el único crítico que cumplía una función similar era Antonio Romera”<sup>88</sup>, quien comenzó en Las Últimas Noticias y hacía desde crítica de box, pasando por los libros, hasta que derivó en el teatro y finalmente en las artes visuales. Durante 12 años estuvo en La Nación y en El Mercurio estuvo 23.

Como el heredero natural de Alone, surge el nombre de José Miguel Ibáñez Langlois, conocido como Ignacio Valente, quien ofició como crítico principal de El Mercurio desde 1966 hasta 1991. El también sacerdote fue una figura muy importante, tanto por ser el crítico de El Mercurio como por ser la voz oficial en plena dictadura con sus lecturas más bien teológicas de la literatura, aunque cabe destacar que fue precisamente él quien revivió la literatura de Emar y le dio su total apoyo a Raúl Zurita.

En los últimos años de la década del 60 la academia se debatía entre el discurso artístico y científico de la literatura. La generación de relevo (apartándose del impresionismo crítico: ejercicio del gusto y la sensibilidad) iba por el lado de los estudios literarios como saber objetivo y sistemático. De este modo se abrieron a una constelación de corrientes críticas europeas, “corrientes que en el viejo mundo se habían dado con una variación cronológica pero que aquí coexistían, se daban de modo casi simultáneo”<sup>89</sup>.

Entre estas corrientes estaba la “estilística de Leo Spitzer y Amado Alonso, la corriente estructuralista pasando por el postestructuralismo de los formalistas rusos y el estructuralismo checo del Círculo de Praga, aunque también les interesaba el estructuralismo semiótico francés, con autores como Todorov, Greimas y Barthes.

---

<sup>88</sup> MATUS, Álvaro. Op. cit. Pag.28.

<sup>89</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Historia “personal” de la crítica literaria en Chile. Pág. 53. En Revista Dossier N°4 de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales. Marzo 2007.

Los nuevos vientos literarios se traspasaron también en ese tiempo a la crítica literaria periodística, que “buscaba describir objetivamente –valga la redundancia– el objeto, poner relieve en la estructura narrativa o el hablante lírico”<sup>90</sup>. “Piénsese, por ejemplo, en el caso de Chile con el estructuralismo eclesiástico de José Miguel Ibáñez y en el barthianismo inteligente de Martín Cerda, o en la vinculación de críticos como Yerko Moretic con las ideas de Luckacs. O en la presencia de profesores universitarios como Luis Iñigo Madrigal, Federico Schopf, Ariel Dorfman, Grínor Rojo, Antonio Skármeta y José Promis en los medios de comunicación”<sup>91</sup>.

En este sentido, la década que precedió a la dictadura en Chile fue “una de las etapas más importantes para la crítica (...) Por primera vez esta actividad dejó de identificarse con un par de críticos oficiales de algún periódico”<sup>92</sup>.

Pero con el golpe de 1973 se produce “una desarticulación de la renovación crítica y un encapsulamiento de la crítica académica a sus propios reductos, con el consiguiente predominio de los críticos oficiales de los periódicos adictos al régimen”<sup>93</sup>. Luego del Golpe Militar la crítica pierde espacio: se cierran escuelas y el proceso discursivo que se estaba generando se ve truncado. El nuevo escenario, “dominado por la desaparición o silenciamiento de medios y críticos, ya sea universitarios o de otras instituciones y la continuidad de críticos periodísticos que se institucionalizan durante el régimen, inaugurando el periodo de la crítica monofónica y el mantenimiento de un sector crítico adherido al régimen militar”<sup>94</sup>.

---

<sup>90</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Op. cit. Pag. 54.

<sup>91</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Op. cit. Pag. 56.

<sup>92</sup> Ibid.

<sup>93</sup> Ibid.

<sup>94</sup> OCHOA, Alejandra. Op. cit. Pag. 26.

Pero en la segunda mitad de la década de los ochenta comienzan a aparecer ciertas revistas independientes, ligadas tanto al campo cultural como al político, revirtiendo de algún modo el silenciamiento que ocurría en el periodo anterior. Ejemplos como Apsi, Noreste y Página Abierta, entre otras, reflejan una búsqueda de nuevos formatos culturales en un momento histórico de crítica y cambio.

Pero es justamente a partir de 1990, con el retorno a la democracia, que revistas como Hoy, Análisis, Cause, Apsi y también diarios La Época y El Metropolitano; además de la revista Rocinante en 2005 y el diario Siete en 2006 dejan de existir.

En el albor de los años 90, junto con la vuelta a la democracia en Chile, “es perceptible en el medio periodístico y académico un cuestionamiento a la labor crítica que se cultiva en el país”<sup>95</sup>. Se tiende a sostener la idea de una crisis de la práctica crítica. “La noción de crisis podría referirse al profundo cambio de sensibilidad histórica que desplaza a la literatura y a la crítica del lugar privilegiado que había ocupado hasta los años sesenta, al presentarse como el modo más eficaz para promover y desarrollar las identidades nacionales, y en particular en Hispanoamérica, a través del llamado Boom o Nueva novela latinoamericana, como instrumento de liberación y emancipación, puesto que paralelamente al gran desarrollo de la literatura continental, surge también un evidente avance en la crítica latinoamericana, al menos en algunos países como Uruguay, México, Cuba, Perú y Chile entre otros”<sup>96</sup>.

Es también durante esta década que aparecen en la prensa escrita los suplementos capitalinos, Literatura y Libros del diario La Época (1988-1998) y Revista de Libros, de El Mercurio (1989), los únicos de circulación nacional y, ciertamente,

---

<sup>95</sup> OCHOA, Alejandra. Op. cit. Pag. 25.

<sup>96</sup> OCHOA, Alejandra. Ibid.

paradigmas para toda la crítica que se produce en el país. Aparece en este periodo un discurso crítico en medios de prensa escrita que se caracteriza por la especialización, es decir, por la inserción en ciertos medios de prensa escrita de cuerpos o suplementos dedicados exclusivamente al fenómenos literario y por la incorporación en su interior de elementos mediáticos.

Los medios y los nombres empiezan a rotar, pero aún así, se puede decir que Camilo Marks, también en El Mercurio, es el que más constancia ha tenido. Comenzó en Apsis hasta que la revista desapareció. De ahí pasó a La Época, diario donde estuvo haciendo crítica literaria también hasta su cierre. Posteriormente siguió en la revista Qué Pasa para finalmente emigrar a El Mercurio. Pero la figura de Marks “está lejos de ejercer el monopolio en crítica literaria”<sup>97</sup>, a diferencia de sus predecesores en las páginas de El Mercurio. Esto se debería a que “este tipo de monopolios son impensables, en cualquier disciplina artística, debido en gran parte a la democratización del país”<sup>98</sup>.

---

<sup>97</sup> MATUS, Álvaro. Op. cit. Pag. 38.

<sup>98</sup> Ibid.

## 5.2 Vicios críticos: del amiguismo descarado a la simple falta de tiempo

La falta de profesionalización de la crítica en prensa tiene múltiples consecuencias. Entre ellas, podemos destacar que las remuneraciones que se reciben por una crítica van entre los 30 y los 60 mil pesos<sup>99</sup>, por lo que ninguno puede darle dedicación exclusiva a este oficio. Esta situación redundante en que se deben realizar muchos otros “pitutos” para completar un sueldo decente y también en que el tiempo que se le puede dedicar a la lectura concienzuda y posterior análisis de una obra literaria sea muy acotado.

Marcelo Maturana cree que si bien cada crítico tiene sus propios vicios, uno que es muy común es que “cualquier elemento externo al texto, si es que se puede concebir eso, te perturbe, te desvíe, te modifique tu crítica. O sea, si te cae mal el autor, que eso se note, que eso te influya”.

Para Alejandro Lavquén, en cambio, el asunto va más por hablar mucho sin decir nada. “O sea, armar un texto de palabras que mucha gente no entiende”. Para él, ése es el gran problema. “Porque los puedo dejar a todos impresionados, pero qué digo con la jerga. Eso se da mucho en la crítica”. El escritor, además, señala que muchas veces “se pretende mucho también saber más que el propio autor”.

---

<sup>99</sup> Esto, según los propios entrevistados de este reportaje. Cabe señalar, eso sí, que Camilo Marks le dijo a Patricia Espinosa que a él le pagaban \$200.000 cuando empezó en El Mercurio, alejándose por mucho de la media aludida por los demás críticos interpelados al respecto.

Algo parecido a lo expuesto por Lavquén es lo que cree Ernesto Ayala, quien afirma que “el metalenguaje es terrible. Es decir, hablar únicamente con términos de análisis literario”. Además, señala que hay mucho capricho. Con esto, se refiere a que “todo el mundo tiene prejuicios, eso es obvio, pero uno se da cuenta cuando un crítico se calienta con un libro y no sabe dar cuenta por qué. Eso es capricho”. Otra cosa imperdonable para el crítico de Artes y Letras es que el crítico “sea fome, que se escriba sin pasión”.

Matías Rivas, en cambio, cree que no hay muchos vicios propios de la crítica literaria, pero apunta que una situación complicada es cuando toca criticar el libro de un amigo. “Es super difícil que un crítico acepte el libro de un amigo para criticarlo. Yo lo he hecho, no tengo ningún rollo. Creo que vivimos en un país tan enano que siempre vas a tener que criticar a tus amigos. A mí me pasó eso con un libro de Zambra<sup>100</sup> y tuve la media pelea con Gonzalo Contreras”.

Rivas agrega que no encuentra “que haya problema en que uno sea amigo de un escritor y a la vez crítico. Roland Barthes era íntimo de Severo Sarduy y no había problema. La idea del crítico solitario que no habla de sus amigos, eso a mí me parece inocente. O sea, no tenemos tantas editoriales, no se publican tantos libros chilenos, el medio literario no es tan grande para que uno no conozca todo”. Este medio pequeño al que se refiere lleva a que todo el mundo se conozca: “Hasta los tipos que más se odian, se conocen: se topan en cócteles, en almuerzos, en universidades. Yo no conozco a ningún crítico literario que le saque el cuerpo a los amigos”.

Para Alejandro Zambra “una cosa común es el paradigma del crítico que es incapaz de decir con claridad que un libro es bueno. El crítico que siempre le encuentra

---

<sup>100</sup> Se refiere al libro de Alejandro Zambra, Bonsái.

una *yayita* a lo que comenta, el que se pone por encima del libro y en la práctica hay muchas veces que el libro queda por encima de uno. Uno o no alcanza a abordar todo o es realmente excelente y se le acabó la provisión de adjetivos”. En este sentido, el autor de *La vida secreta de los árboles* desconfía de los críticos que son incapaces de elogiar por miedo a quedar mal y aunque escriban muy bien o sean de una gran inteligencia “pero quiere ser más importante –no que el libro que comenta– que el circuito de comunicación que se genera entre crítico, lector del crítico y posible lector de la obra”. Para él, una situación clásica es la del exhibicionismo en la crítica: “desde el estudiante que quiere demostrar que sí sabe de teoría literaria –y que por lo mismo suele demostrar que no sabe– hasta el sujeto vanidoso que es incapaz de decir que hay un libro que ha defraudado todas sus sospechas sobre la literatura. También el crítico que quiere dar cuenta que se lo ha leído todo y que está interesado en demostrarlo, suele mostrar que es así efectivamente”, señala.

Zambra agrega que “si tú criticas mal un libro siempre alguien te va a encontrar la razón. Si lo criticas bien, puras sospechas: ‘ah, es amigo del autor, etcétera’. En cambio, si lo criticas mal siempre alguien va a decir, por lo menos, qué bueno que alguien se atreva a decir esto. Es más seguro criticar mal los libros”. Así es como se cumple con la función asociada fatalmente al crítico, que sería algo así como encontrar todo malo...el crítico sí es un juez y creo que es muy impopular ser un juez. Por algo muchos críticos dicen: bueno, la verdad es que yo no soy crítico. Pero resulta que sí hablan de crítica y sí tienen sus ideas sobre crítica porque es incómodo ser juez. Claro, una cosa es el juez que cree que además de ser juez su discurso es absoluto y perfecto, pero el crítico sí es un juez, aunque sea un juez relativo. Por eso que quizá es tan importante explicitar las arbitrariedades, los prejuicios, el lugar desde donde se habla.

En tanto, para Grínor Rojo, los vicios en que caen los críticos en prensa, además de que “escriben mal, son los vicios que tiene el periodismo en general”. Con

esto, el académico se refiere a “entender que informar es dar el golpe, es hacer escándalo en torno al material con el cual se trabaja. En vez de mirar el material adecuadamente y profundizar en ese material, hacen escándalo en torno a él sin considerar muchas veces el material mismo. Y eso significa, por ejemplo, en el caso de la literatura, preocuparse más del comidillo entre los escritores que lo que dicen los libros.

Según Rodrigo Pinto, los principales vicios en que caen los críticos al escribir en prensa escrita son dos: la arbitrariedad y el amiguismo. Al hablar de arbitrariedad se refiere a “cuando no hay una línea uno advierte que determinada persona encontró un libro bueno. Cuando no hay una coincidencia con tus gustos. No puede ser que alguien que se levantó enojado destruya un libro sólo por eso”. Para él esta situación “refleja que no hay una mirada coherente y sostenible sobre la literatura sino un dar cuenta de impresiones que son muy del momento y en que otros factores empiezan a influir en la lectura”.

En cuanto al amiguismo, Pinto señala “que a veces uno tiene la percepción de que se es más indulgente o derechamente complaciente con obras que no valen mucho y generalmente se ve que es un medio muy chico, hay gente que es amiga de otra”. El crítico de la Revista El Sábado del diario El Mercurio agrega que puede “haber caído alguna vez en el primer vicio, pero en el segundo no, lo que me ha costado un par de amigos”. Si bien dice que es inevitable que la amistad influya en algo, él trata de todas formas de mantener una cierta distancia. “En ese sentido, creo que debe haber lealtad hacia las personas que leen las columnas. Yo no sé quiénes son, no tengo idea si alguien la lee o no, pero este imaginario, este lector imaginario uno tiene que ser fiel a él y no pretender jamás pasarle gato por liebre, ya sea porque te levantaste mal o porque eres amigo del escritor”.

Iván Quezada, en cambio, cree que el campo de la crítica literaria en prensa “se mueve de otra manera: a nivel de influencias, a nivel de contacto personal, de la creación de lazos afectivos” y que así “se va dando la sensación de camarillas”.

Para Patricia Espinosa la cosa no es tan simple y ve muchos vicios en este medio. Partiendo por “la burocratización, el amiguismo, la falta de ética, la complicidad con el mercado, con las editoriales”. Para ella, “hoy varios críticos en Chile publican novelas, lo cual significa que se ponen de rodillas ante cada texto generado por la transnacional donde les interesa situar su obra. Los críticos de hoy muchas veces actúan como esclavos de los editores”. La doctora en literatura agrega que uno de los grandes problemas es que “los críticos de hoy desprecian casi toda la literatura nacional; vomitan sobre cualquier texto proveniente de editoriales independientes y especialmente si son de poesía. Los críticos chilenos critican bien a los poderosos y hacen polvo a los marginales o anónimos o sujetos que no tengan poder”.

### 5.3 ¿Crítico yo? Nadie carga con el muerto

Convengamos en que la figura del crítico no es muy bien acogida en nuestra sociedad, donde cualquier tipo de discrepancia con 'lo normal' resulta incómoda. Quedemos también en que suena bastante raro que alguien de pequeño le diga a sus padres que quiere ser crítico cuando grande. Asimismo, la definición de lo que es o debe ser un crítico literario tampoco es tan clara. Entonces, ¿qué pasa cuando ya se ejerce el oficio? ¿Se asumen las etiquetas? Y si llegara a ser así, ¿de qué forma se hace?

Camilo Marks, al definir su crítica, dice que “he ido evolucionando de un estilo que llaman peyorativamente impresionista –aunque yo no creo en el estilo impresionista, creo que el estilo más impresionista es el estilo derridiano, lacaniano que llena de fórmulas la palabra. Tengo un estilo propio, mis críticas se reconocen por el tipo de palabras que uso, por el giro”. El académico de la Universidad Diego Portales señala que se calificaría “como un crítico serio, pero con sentido del humor, con ironía y con respeto a los autores”. En este sentido, “puedo reírme del libro, pero no me voy a reír de la persona que escribió el libro. Yo mantengo una distancia con el autor, pues generalmente no los conozco, no tengo relación con ellos”. Y si bien se considera como “el crítico estable de la Revista de Libro, pero no soy la figura más importante”.

El sociólogo Marcelo Maturana dice más bien tibiamente que “ahora yo no escribo crítica, escribo reseñas”. Y para referirse a ellas, señala que “son subjetivas, creo que se dejan leer, que son fluidas”.

Acercándose a esta idea, Rodrigo Pinto también insiste en que lo que él hace son reseñas. En cuanto a este quehacer, señala que “en general –a veces si no me queda otra escribo mal de un libro– trato de preferir cosas que me gusten. Siempre en la idea de estimular más lectura que señalar lo que no hay que leer. Es la idea también de hacer un ejercicio lo más lúdico posible”. Pinto es optimista en cuanto a su oficio de reseñador de libros y dice que le “gusta tratar de jugar, tratar de establecer nexos con otros escritores, en fin. Que quede claro eso: es una actividad que da muchos beneficios, es muy entretenido”.

En una línea parecida, Alejandro Lavquén expresa que “lo que hago es comentarios de libros, no crítica literaria, te lo que quiero aclarar al tiro. Hago comentarios y reseñas de libros, entrevistas a diversos autores”. Para él, la diferencia radicaría en que “comentar un libro es dar a conocer un libro, explicar de qué se trata para que la gente evalúe. Ser crítico es pretender saber más que el libro, más que el propio autor del libro. Creo que esa es la diferencia”.

En tanto, Matías Rivas, no tiene mayores problemas con el tema. “Como que uno cae en la crítica literaria, no nace. Nadie te paga. Yo le tengo mucho cariño al Clinic, lo hago por eso, porque me parece que es bueno, un buen lugar y todo, pero, por ejemplo, también te enemistas con mucha gente y eso tiene un costo”.

Aunque Alejandro Zambra cuenta que llegó a hacer crítica “porque es casi una de las únicas cosas que puede hacer un licenciado en literatura”, señala que “yo me considero un ex crítico. Yo traté de hacerlo super en serio. Demasiado en serio, quizá”. Esta rigurosidad a la hora de escribir crítica hizo que fuera una tarea que “sufrí mucho, porque además yo sí tenía menos libertad desde el punto de vista que mis críticas salían en un diario que es considerado tan divergente de cualquier discurso serio que

no me podía dar el lujo de meter sin anestesia algunos conceptos importantes. Creo que ahí perdí muchas —y eso se lo agradezco a la crítica en LUN—muletillas académicas. Me di cuenta de muchos grumos que había en mi manera de escribir sobre literatura”. Agrega que, por otra parte, “debo haber perdido el respeto de varios. Si era necesario, me permitían citar a Walter Benjamín, simplificando mucho la idea y era gracioso, supongo, leer ese nombre en Las Últimas Noticias. Pero esos lujos eran todos muy medidos, muy calibrados”.

También en el bando de los que no se consideran críticos aparece Marco Antonio Coloma, quien apunta que “en realidad yo comento libros o más bien comenté libros en el pasado. Los comentaba porque los leía y los leía porque me gustaban o porque quería comentarlos. Hay libros que son muy malos, pero me los conseguía porque quería comentarlos. Y ya iba a comentarlos mal. Es una cosa de prejuicios que funciona en todas partes. No hay por qué desconocerlo”. Para él, el tema de considerarse o no un crítico literario tiene que ver no con “el mote de crítico literario sino con qué valor le asignas a la palabra”.

Otro que no se pone el título de crítico es Ernesto Ayala, quien comenta que “yo no me siento como un crítico profesional”. Esto, porque “mi situación es lo más cómoda del mundo. No tiene nada que ver con, por ejemplo, Camilo Marks, que tiene que escribir críticas todas las semanas. Yo no podría hacer eso. El asunto es monstruoso. Tendrías que leer un libro a la semana sí o sí. En rigor tendrías que leer dos para elegir uno”. El asunto económico no se le escapa y, además de la falta de vida privada, “no puedes hacer otras pegas. Y nunca te pagan como para que no necesites hacer otra cosa. El ideal es que te paguen para que tú leas y puedas vivir de eso”.

En cambio, Grínor Rojo, es categórico y expresa que “yo soy crítico académico. No es que sea académico y no sólo crítico”. Para Rojo, “los críticos, que son una gente que hace cosas en los medios, en realidad para mí son gente que hace crítica pública, crítica periodística y realmente –desde mí punto de vista –es en cierto sentido un subproducto de lo que es la crítica en realidad, que es lo que se hace en el ámbito universitario”. Además considera que su “crítica es una crítica bastante personal hecha con los instrumentos de la disciplina”.

## 5.4 Títeres y titiriteros: las presiones de la industria editorial

La industria editorial en Chile, como sucede en todo el mundo, busca que sus libros sean criticados y aparezcan en los espacios destinados para ello en los medios de comunicación escritos, entre otros. Con este fin, se dice, envían comunicados de prensa a los encargados, vale decir a los editores y críticos con las novedades y lanzamientos en agenda, así como también libros e incluso hay ocasiones en que “regalos” acompañan las obras. El avisaje –hablando de grandes editoriales o más bien transnacionales que puedan pagar el costo de una publicidad– también puede ser un punto débil a la hora de decidir qué se criticará.

Las experiencias con las diversas presiones son esclarecedoras. Camilo Marks, por ejemplo, recuerda que cuando hacía crítica literaria en la revista *Qué Pasa* “me llegaban bolsas y bolsas de libros”. Y asume sin problemas que “también yo iba a buscar libros: a Anagrama, a Tusquets. Me daban libros. Yo buscaba. Yo elegía”.

La situación de Alejandro Lavquén es diferente: “en la *Punto Final* lo único que yo tengo es un problema de espacio”. A él las presiones le llegan “más bien por el lado de los poetas, son los escritores los que presionan. Muchos te llaman y te dicen ‘oye, salió mi libro. Bueno, podrías hacerme una notita’. Y uno dice si, por supuesto, voy a leerlo”. El problema para Lavquén radica en que los autores no comprenden que los espacios que se manejan son mínimos, “ellos deben entender que a mí no me van a publicar una página completa de un poeta que recién publica su primer libro. Eso le pasa a cualquiera. Ni a Neruda se le dedica una página completa, porque funcionan así los medio”.

Para Matías Rivas “las editoriales no influyen nada”, pero cuenta que “En el The Clinic eso es un horror. Las editoriales nos mandan libros. Ahora es así. En general se publica poco, cosas malas. Las editoriales grandes mandan puras cosas chilenas y baratas. También en Fernández de Castro, que es la importadora de Anagrama, ponen muchos problemas para prestar los libros”. Rivas dice que “entonces uno compra los libros y evidentemente siempre es una molestia, pero es como todo. Y bueno, eso me da cierta libertad a la hora de elegir lo que critico”.

Las editoriales pequeñas al crítico de quincenario The Clinic no le interesan mayormente. “Sacan por lo general libros bastante convencionales”. Esa sería la situación a juicio de Rivas últimamente, pues recuerda que “antes corrían más riesgos. Hoy hay un mal momento editorial chileno. Como sacan libros más convencionales es raro encontrarse con cosas más entretenidas”. De todas formas, enfatiza que su búsqueda de obras para criticar “pasa por las editoriales tradicionales, en las más marginales y las internacionales”.

En cuanto a sentirse presionado por lo que aparece en otros medios, Rivas señala que “en general hay una especie de unanimidad en crítica, no hay muchas diferencias, pero tampoco eso influye demasiado. O sea, conozco a otros críticos, de repente los leo, pero como que uno también sabe lo que van a pensar. Yo pienso que fundamentalmente tiene que ver con las afinidades”.

Alejandro Zambra cuenta que también a Las Últimas Noticias llegan libros de las editoriales. “Todas mandan. Y yo hacía mis críticas con lo que llegaba. Ese criterio dejaba afuera a todos los libros de poesía, lo que a mí me resultaba particularmente sensible porque era lo que más me importaba a mí”.

El autor de Bonsái cuenta que nunca recibió presiones, pero que “el editor sí. Por ejemplo, le llegaba un libro dedicado. Pero yo no me enteraba. El me cuidaba mucho. También yo lo ayudaba a que me cuidara, podría haber corrido con vuelos propios, pero yo evitaba ir a las editoriales”. Rememora que “él me contaba cosas graciosas, pero no pescaba mucho porque en el fondo tenía muy presente lo noticioso, por ejemplo, le importaba que los libros estuvieran en librerías, que la gente los pudiera comprar después de leer la crítica, lo que descartaba muchos libros. También le llegaba de pronto una novela de algún señor cercano a la embajada de Japón y además del libro venía una botella de whisky, pero ese libro era imposible de meterlo a la pauta”.

Zambra apunta que él leía a los otros críticos. Y si bien “puede que ahí haya una influencia, eso no me importaba mucho”, acota.

En el caso de Ernesto Ayala “al principio las editoriales hicieron un amague de mandarme cosas y luego dejaron de mandarme. Las editoriales no son muy metódicas. Me llegó de Alfaguara y de Planeta a principio de año, pero después eso paró”. Su situación, al igual que le ocurría a Zambra, es bastante cómoda, pues “los libros me los pasan, los compran en el diario. Y me quedo con todos los libros”.

Para enterarse de novedades, opta por leer “la prensa y voy a las librerías. También me meto a internet, veo qué se está publicando. No soy un tipo especialmente informado, la verdad, aunque igual trato de poner cosas que yo tengo ganas de leer”. En cuanto a posibles presiones de su editor, cuenta que “si yo respeto el espacio él respeta lo que yo escribí, no me tijeretea. Más que el editor, creo que influye el medio, el contexto del medio. Es distinto, aunque escribas sobre el mismo libro, que hagas la crítica en el Clinic o en El Mercurio. Hay algo que cambia, es un poco intangible, pero el medio influye inevitablemente”.

Respecto a la posible influencia de los otros medios, Ayala señala que lee otras críticas y que “a veces uno escribe en respuesta a otros críticos. Yo he contestado algunas columnas de la Revista de Libros, a lo mejor nadie lo sabe, pero uno establece un diálogo”. Para él, “el público no es tan importante. Yo trato de escribir y me imagino que el que me está leyendo es tanto o más inteligente que yo. No estoy educando, estoy escribiendo para gente inteligente. Trato de ser claro, pero no necesariamente didáctico”.

Refiriéndose a lo mismo, Rodrigo Pinto comenta que “en general trato de no leer muchas reseñas antes de escribir sobre un libro, para no influirme, y sobre todo para escribir pensando en el libro y no en mi acuerdo o desacuerdo o contestándole a otro crítico”. La elección de la obra a criticar es para el crítico de El Sábado “azarosa, porque hay tanto libro que sale al mercado, hay tantas alternativas que al final también se vuelve a lo primero, que es la construcción del canon personal, vas marcando una línea de lectura, que incluye a lo bueno y a lo malo. Ya que uno puede escribir sobre tan pocos libros igual están dentro de un itinerario”.

En todo caso, señala que es él mismo quien elige a los autores que serán reseñados. “Ahora, hay una demanda que sean obras recientes, por un lado, y que tengan algún impacto. En general hay mucha libertad”. El tema de las presiones editoriales a Pinto le llega más bien de refilón: “Las editoriales claro que presionan y en algunos casos hay operaciones de marketing muy fuertes y dicen: vas a hablar de ese libro o no. Ahora, si yo considero que está dentro de mi árbol no tengo problema”.

Para Iván Quezada, se trata “a veces de un influjo, una influencia de ciertos personajes del mundo editorial sobre algunos periodistas”. El crítico de la desaparecida Rocinante aclara que “esto no se da tanto como presión, sino como amiguismos y al

final se forma como una camarilla de un grupo que los alienta dentro de la prensa". De todas formas, le baja el perfil a la importancia de estas presiones: "aquí no existe una maquinaria de corrupción que diga de esto es de lo que hay que hablar. Las cifras, los montos de recaudación son bajos. No es para tanto y no llegan a interesarse en corromper a los críticos con plata porque no van a ganar mucho".

Agrega que lo que faltan son medios. "Lo que ahora se necesita es que haya otra opinión. Siempre es necesario y llevamos mucho tiempo con un solo mensaje. Estamos con un solo medio de comunicación grande, que juega a llegar a toda la gente, aunque sea para generar impacto".

## 5.5 Mercado y medios

Sea cual sea la evaluación que se haga de la situación actual de la crítica literaria en prensa, debemos convenir en que este escenario se encuentra muy determinado por las leyes del capitalismo tardío en que vivimos. El mercado, ya se ha señalado más arriba, es un factor muy importante que incide en la forma que toma el sistema crítico. Por un lado, pasa que “el factor económico también influye en la escasa cantidad de espacios destinados a la crítica, a pesar del aumento importante de personas formadas para esta actividad, especialmente en los postgrados en Literatura. La falta de estímulo presupuestario para la función crítica la deja muchas veces en manos de aficionados y condiciona la colaboración ocasional de críticos de más prestigio.”<sup>101</sup> Este punto de discordia no es menor para Wellington Rojas, quien se preguntó: “¿Cuántos son los medios que realmente pagan algo a sus críticos o comentaristas? Creemos que son poquísimos.”<sup>102</sup>

Para María Teresa Cárdenas el interés de rescatar el valor de la literatura y de la crítica literaria debe traducirse en una adecuada remuneración para el trabajo de los críticos, vale decir, “otorgarles a ellos la calidad de profesionales especialistas en una materia de interés para los lectores.”<sup>103</sup> En el Congreso de Valdivia, la periodista y hoy editora general de la Revista de Libros de El Mercurio afirmó que “quizá el profesionalizar todo el circuito sea la manera más efectiva y más sana de conseguir la

---

<sup>101</sup> CARRASCO, Iván. En La crítica literaria en tiempos de crisis. Pag. 41. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto S.A. Concepción, Chile. 1995.

<sup>102</sup> ROJAS, Wellington. Crítica literaria y medios de comunicación: dilema eterno. Pag. 96. En La crítica literaria chilena. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto S.A. Concepción, Chile. 1995.

<sup>103</sup> CÁRDENAS, María Teresa. La exigencia del profesionalismo. Pag. 71. En La crítica literaria chilena. María Nieves Alonso, Mario Rodríguez, Gilberto Triviños (editores). Editora Aníbal Pinto S.A. Concepción, Chile. 1995.

confianza entre sus distintos componentes y enfrentar así una nueva etapa”<sup>104</sup>. Marco Antonio Coloma también cree que “no se puede vivir de la crítica literaria, es un oficio y mal pagado”.

Además, no debemos olvidar que una vez que “el mercado es no sólo la piedra angular del modelo autoritario, sino uno de sus principales mecanismos de regulación social y cultural. Por su intermedio, y en función del consumo, una gran cantidad de individuos definen sus estrategias de vida, sus gustos y hasta sus líneas de creatividad (...) El mecenazgo que antes ejercía el Estado va desplazándose a la empresa privada o a la cultura con costos y beneficios; la concepción liberal e iluminista del libro como un bien social cede el paso a la concepción del libro-negocio, a una perspectiva en que los productos del espíritu tienen a ser reconocidos no como valores en sí, sino como valores de cambio, capaces de generar utilidades.”<sup>105</sup> Edward Said es categórico al respecto: “Al haber renunciado al mundo por completo en favor de las aporías y las inimaginables paradojas de un texto, la crítica contemporánea se ha apartado de su público constitutivo, los ciudadanos de la sociedad moderna, que han sido abandonado en manos de las fuerzas del ‘libre’ mercado, las corporaciones multinacionales y las manipulaciones de los apetitos del consumidor”<sup>106</sup>. Para Subercaseaux, además, el polo periodístico es el eje del sistema, por lo que predomina el empirismo, “vale decir, la práctica de comentar las obras sin asumir conciencia de la relación teórico-ideológica que ello implica.”<sup>107</sup>

Said sigue en esta misma línea y apunta que “la crítica contemporánea es una institución para la afirmación pública de los valores de nuestra —es decir europea— cultura de élite dominante, y para dejar de correr en privado la desmesurada interpretación de un universo definido de antemano como la interminable mala interpretación de una mala lectura. El resultado de ello ha sido la irrelevancia regulada,

---

<sup>104</sup> Ibid.

<sup>105</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982. Pags. 27-28. Ceneqa. Santiago, Chile. 1983.

<sup>106</sup> SAID, Edward. Op. cit. Pag. 15.

<sup>107</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Op. cit. Pag. 28.

por no decir calculada, de la crítica, salvo como un adorno con el que se negocian las fuerzas de la sociedad industrial moderna: la hegemonía del militarismo y una nueva guerra fría, la despolitización de la ciudadanía o la conformidad general de la clase intelectual a la que pertenecen los críticos.”<sup>108</sup>

Para Luis Ernesto Cárcamo las cosas son claras: “Se hace necesario rescatar la tradición de una crítica consistente en sus análisis y capaz de emitir juicio, para provocar al lector suscitando en él la necesidad de comprobación o contraste, una toma de posición activa frente al libro. Es incorporar objetividad pero, sobre todo, bastante subjetividad en este trance en que se entrecruzan autor, obra, crítico, lectores. El espejismo de una mirada despersonalizada, pretenciosamente objetiva, sin asumir los riesgos de la opinión, a fin de cuentas sólo alimenta una indiferencia generalizada ante la creación literaria”<sup>109</sup>.

---

<sup>108</sup> SAID, Edward. Humanismo y crítica democrática. Pag. 41. Editorial Random House Mondadori. 2006.

<sup>109</sup> CÁRCAMO, Luis Ernesto. Op. cit. Pag. 154.

## 6. Bitácora de exploraciones que no llegan a puerto

### 6.1 La Revista de Libros, la más constante

La Revista de Libros de El Mercurio comienza a publicarse en 1989, un año después de que apareciera el suplemento Literatura & Libros del diario La Época. Dado que se trataba de un suplemento dedicado exclusivamente a la literatura, sus páginas albergaban diversos géneros, entre los que, por supuesto, se encontraba la crítica literaria con la que hemos estado trabajando a lo largo de todo este texto. Desde sus inicios contó con una sección fija realizada por el cura Valente, quien luego del año 1993 se iría alejando cada vez más, pero nunca del todo. Cada sábado acompañó la salida del diario El Mercurio, hasta que en el año 2006 pasó a ser parte del cuerpo Artes y Letras del mismo periódico.

Haciendo una suerte de evaluación de lo que fue y ha sido la Revista de Libros, Iván Quezada señala que “la primera parte fue bastante buena. Cuando recién se hizo, que fue para crear un espacio literario después de la dictadura de Pinochet en El Mercurio”. Quezada cuenta que el suplemento literario fue “una iniciativa del cura Ignacio Valente y así creció un grupo de periodistas dedicados a la literatura. Pero cree que “ha ido tendiendo cada vez más al academicismo hasta un punto intolerable, porque ya no tiene comunicación con el resto de los mortales, con el resto que son los lectores del diario, que es un público más amplio”.

Para él, esta sería la razón por la que la Revista de Libros habría perdido la autonomía con la que contó por tantos años y justamente es “por eso que se va muriendo, porque para el diario se ha ido convirtiendo en un puro gasto. Seguramente no sale tan caro, pero no tiene lectores. Si tuviera lectores, si tuviera influencia, si movieran un poco la cosa, de darían sustento para sobrevivir. La opción académica los encerró en sí mismos. Y también por opciones personales”. Aún así, el periodista cultural afirma que “en el primer momento fue buena, porque Ignacio Valente tenía cierta mística y guiaba al grupo. Ahora está a punto de desaparecer y creo que es por esto, porque simplemente no tiene lectores”.

Según el crítico literario Rodrigo Pinto, “todavía en los 80 y principios de los 90 la Revista de Libros era claramente hegemónica en su influencia en los lectores. Y dentro de ella había alguien que ejercía un papel hegemónico, que era el Ignacio Valente. Desde que no está, la cosa ha sido diferente”.

Pinto, además, cree que “se trató de levantar como figura a Camilo Marks, pero es algo que no va a ocurrir. En algún tiempo también trataron de levantar a Javier Edwards”. Agrega que, al contrario de lo que expresa Quezada, “ha habido un efecto positivo en hacer un poco más plural el panorama incluso a pesar del poco espacio y de los pocos medios, hay más voces”.

En tanto, Grínor Rojo, apreciando los vaivenes de la Revista de Libros, sólo dice que le falta mejorar varios aspectos, entre los que destaca el “darle más profundidad a los temas tratados”.

Según Matías Rivas el suplemento “ha cambiado para bien”. El director de publicaciones de la Universidad Diego Portales, cree que “está mejor que antes, que es injustamente maltratada, porque igual la leen todos con fruición”. Asimismo, cuenta que si bien “hay personas que no me gusta su forma de mirar las cosas críticas”, le parece “bien que haya cierta permanencia de algunos sujetos, que escriban todas las semanas. Antes no era así”.

Tan buena es la mirada que Rivas le da a la Revista de Libros que afirma que “da cuenta de lo que está pasando. O sea, el Artes y Letras va a siglos de atraso, La Tercera no saca nada con publicar un suplemento bonito donde se omite el 70% de lo que sale en el mercado, el Clinic tiene ese espacio puntual de crítica, entonces yo creo que lo más grande que hay es la Revista de Libros. Creo que Camilo Marks es un tipo interesante, escribe bien, es culto, tiene una opinión”.

De todas formas, el crítico de The Clinic, cree que “lo que le falta es crítica de ensayo y poesía”. Esta carencia radicaría en que “hay alguna gente legitimada y otra no. Por ejemplo, el caso de Ignacio Rodríguez, que es un tipo que critica poesía y me parece que es un tipo que adolece de lecturas. Critica libros de escritores que escriben a la manera de los nuevos escritores norteamericanos. Yo estoy seguro que nunca ha leído a los escritores norteamericanos de los noventa, porque no puede. También es un asunto de acceso. Es muy romántico y nada que quede fuera de lo romántico le hace sentido a él. Y eso lo deslegitima. Porque claro, Camilo Marks, con todas sus mañas, es capaz de hablar bien de un libro de aventuras o un libro de Marcelo Mellado o de la Diamela Eltit. Tiene muchos registros de lecturas, no se confunde. Creo que eso es super importante y no pasa en poesía”.

Para el sociólogo Marcelo Maturana, en cambio, a pesar de ser el espacio que más se dedica a literatura, encuentra que “se trata de un medio chico. Me gustaría que los artículos fueran mejores. O que hubiera cuatro medios equivalente a ese”.

La doctora en literatura Patricia Espinosa dice, en cambio, que “aun cuando no comparto su línea editorial ni tampoco la del Diario El Mercurio creo que es una lástima que haya desaparecido en el formato revista. Obviamente es uno de los lugares más estables del país, por no decir el único, dedicados a la literatura”.

El autor de la sección Página Abierta de la Revista de Libros, Camilo Marks, cuenta que él es “el crítico estable de la Revista de Libro, pero no soy la figura más importante”. Comparándose con las figuras tutelares de El Mercurio, como Ignacio Valente o Alone, señala que existen “muchas diferencias. En el caso de Alone, él escribía, muy, pero muy bien. Yo no sé si llegaré a tener el estilo que él tenía. Pero él sí que criticaba los libros de todas las viejas que eran amigas de él, de la directora de la Maisonette, mucha niñería, mucha literatura francesa y tenía un prejuicio enorme contra la literatura española”.

Con respecto a Ignacio Valente, Marks dice que tiene “muy poco en común en todo sentido y tampoco tengo la capacidad que tiene él para leer poesía. Soy un lector de poesía, pero de poesía consagrada, como segura. Yo soy difícil para descubrir poetas nuevos de gran valor. A lo mejor podría aparecer alguno, pero yo no conozco a ninguno. El efectivamente detectó a Parra y a Zurita”.

## 6.2 La Tercera va última.

El diario La Tercera, ya lo hemos dicho, se ha quedado fuera de este reportaje debido a que hasta el año 2006 no contaba con una sección de crítica literaria fija en sus páginas y sólo esporádicamente se publicó crítica literaria entre los años 2001 y 2003. Sólo el 30 de septiembre de 2006 apareció en el periódico el suplemento Cultura, que ya integra entre sus páginas a la crítica literaria. Esta situación no es indiferente para muchas personas y menos aún para los críticos.

Al respecto, Iván Quezada dice que en La Tercera “no están viendo la realidad. Los directores, editores o ideólogos de ese suplemento creen que la cultura es algo global, que está participando de un gran intercambio comercial y que esa es la cultura que tiene que interesarnos algo así como las campañas de marketing de Nueva York o los autores más vendidos en Londres”. Según el periodista “la gente necesita también que se muestre la literatura de su propia cultura. Y esa literatura está ausente”.

Antes de que saliera el suplemento de cultura, Matías Rivas, señaló que si bien La Tercera no tenía crítico, se suponía que iba a tener. En tal caso, irónicamente comentó que se imagina que “cuando salga un libro de Ampuero va a haber un consenso y se lo va a criticar, pero yo no sé si lo van a criticar bien o mal”.

A Alejandro Zambra le parece simplemente “impresentable que La Tercera no tenga crítica literaria. No entiendo por qué. Y ahí yo creo que sujetos como Andrés Gómez cumplen una función aparentemente crítica que es super negativa”. Para el

autor de Bonsái, “se trata de una hibridez improductiva que se presta mucho para el amiguismo”.

La situación, para la crítico Patricia Espinosa, se explicaría porque “a La Tercera le interesa un tipo particular de periodismo cultural. Se dirigen a gente que quiera estar al día, que quiera saber de las últimas tendencias, una suerte de público adicto al sushi, al Lan pass y a los artículos de diseño”. En cuanto a la revista de cultura que apareció en el año 2006 en el periódico nacional, la académica señala que “el suplemento parece el bosquejo pobre de “Ñ”, lo que devela una falta de creatividad inaguantable. Al lector se le habla en fácil, lo cual quiere decir que el arte es despojado de sus componentes políticos, subversivos. Solo interesa lo políticamente correcto o medianamente transgresor en lo formal, especialmente en las artes visuales”.

### 6.3 Nostalgias y realidades de la experiencia Rocinante.

La revista Rocinante fue creada en octubre de 1998, unos meses después del cierre del diario La Época. En el medio propiedad de una sociedad formada por Faride Zerán, Sergio Trabucco, Paulo Slachevsky y Silvia Aguilera, muchas y variadas plumas chilenas tuvieron un espacio. Tras siete años de existencia Rocinante anunció que dejaría de editarse debido a la falta de financiamiento que la afectaba desde hace más de tres años. Dicha complicación se reflejaba en que la revista sobrevivía apenas, pagando muy poco a sus colaboradores, muchos de los cuales trabajaban gratis. Los problemas económicos con el tiempo comenzaron a manifestarse en la calidad del papel y de las fotos publicadas hasta que en octubre del año 2005 apareció el que sería su último número.

El acento de esta publicación estuvo en los principales asuntos de la agenda cultural y política, con una fuerte presencia de temas de derechos humanos, memoria y pasado reciente de nuestro país, cultura, política, democracia y creación artística.

Asimismo, la crítica literaria tuvo un lugar muy presente. El énfasis en la literatura se reflejaba también en el espacio destinado a ella, pues superaba las 10 páginas en cada uno de sus números. A su cargo, por varios años, estuvo Patricia Espinosa. Respecto a la experiencia que vivió en ese medio, Espinosa cuenta: “colaboré en Rocinante desde su inicio.. Jamás recibí censura y tuve la libertad más plena para escribir mis textos. Me parecía altamente valioso que la revista diera espacio a críticos jóvenes o académicos que suelen estar ajenos a los medios”. Ahora, en cuanto al cierre de la revista, la doctora en literatura cuenta que “obviamente la desaparición de un medio me parece lamentable y, en especial, un medio

independiente como esta publicación que luchó hasta su fin por mantenerse. La desaparición de Rocinante, desde mi perspectiva, indica un paso más en la monotonía de los medios respecto a las voces críticas”.

Según Iván Quezada, “la estrategia económica de la Rocinante era demasiado gobiernista, que el estado financiara la prensa independiente como un deber moral o ético, un deber ideológico, por la democracia. Y ese discurso no funcionó”.

El periodista, que también fue parte de la revista en la sección de crítica literaria, agrega que “no era una buena estrategia. Si se quería ser independiente no tenían que apuntar a que el estado fuera el financista del medio. Se decía que esa era la única alterativa, pero yo no creo que haya sido así. Creo que faltó mirarlo como un negocio serio, con una contabilidad ordenada”.

Para Rodrigo Pinto, en cambio, las complicaciones vinieron por “un problema de sintonía con la gente. Tienes el ejemplo opuesto del Clinic, que tiene espacios de crítica, tiene espacio para cultura. En otro contexto, en otro estilo, pero es un proyecto que sintonizó más que la Rocinante con lo que alguna gente está dispuesta a ver”.

En la misma línea de comparación, Pinto añade que “la Rocinante tenía un formato muy pesado, muy pegado en una forma de periodismo muy clásica y muy para gente con posiciones tomadas frente a las cosas. El Clinic es un espacio mucho más abierto. No tienes que ser perito en nada ni tienes que estar de forma clara ligado ideológicamente”.

Según Alejandro Zambra “ahí Patricia Espinosa hacía crítica en serio y todos los demás hacían publicidad. Los que siempre escribían. Era el libro del amigo y la excusa era, pero bueno, son libros que no critican en otros medios”.

Tratando de explicar el cierre de la revista, el académico Grínor Rojo cree que habrían razones internas y externas para la interrupción: “La razón interna es que se cerró excesivamente en una cierta dirección, en un cierto nivel. Como que nunca pudo definir realmente su espacio. Por una parte quería hacer una revista pública, que estuviera en los quioscos, que la comprara todo el mundo y por otra, quería ser también una revista con un aire académico, con una propuesta más sofisticada en el trabajo”. Como la publicación “oscilaba entre un lado y el otro y nunca podía encontrar su verdadera identidad. No logró desarrollar un perfil propio”.

Rojo agrega que “externamente, la revista fue golpeada. Puesto que era una revista crítica –y este es un camino completamente aparte que tiene que ver con los intelectuales críticos de este país, los que son difícilmente tolerados por el status quo– fue castigada”. Esta pena se habría traducido para el académico de la Universidad de Chile en “que no le dieron los medios para sobrevivir en términos de avisaje”.

En tanto, Matías Rivas señala que “como revista la encuentro horrorosa. Feo el diseño, poco atractivo. La única persona que salvaba ahí es la Patricia Espinosa. Me parece que era pésima esa revista. No mala, pésima. Históricamente, de lo más malo que yo he visto a nivel cultural. Ni siquiera en la dictadura...era como gagá”.

Además de encontrar que desastroso el diseño, Rivas cree que “hubo una sobredosis de ideología y, con la salvedad de la Patricia Espinosa, no había

permanencia, nadie que estuviera siempre haciendo crítica. Había tipos que entraban, salían, que hacían notas”.

Rivas añade que otro de las dificultades que “recibió mucha gente que no aceptan los medios de comunicación. Eso es muy malo, es como los *blogs*: escriben los que no pueden escribir en los medios”.

## 6.4 El mito de la nueva generación de críticos. El medio es el mensaje.

A principios de esta década y también gracias a la emergencia y consolidación de algunos espacios con perfiles más independientes, dando cabida a nuevas voces en el pequeño subcampo de la crítica literaria. En el año 2003 se escuchaba el rumor en los medios de comunicación masivos de que una nueva generación de críticos literarios en prensa había nacido. Se reconocían nuevos nombres y surgieron las entrevistas a estos críticos, pero suponemos que no se puede hablar a ciencia cierta de una generación de recambio.

Al respecto, Rodrigo Pinto considera que “son simplemente voces nuevas y distintas que se incorporaron a un espacio chico y por sus propios méritos, lo que me parece muy bien. Pero no sé si hablaría de una nueva generación. Ojalá hubiera pasado, pero creo que en la práctica no es tan así”. De todas formas, Pinto señala que “desde hace un tiempo el espacio de la crítica es efectivamente más plural”.

Con una mirada más retrospectiva, Marcelo Maturana reflexiona que “hace 20 años el único crítico casi era Valente y los otros eran muy marginales. Entonces hay un aporte, porque antes no había o había un solo tipo; había menos medios que publicaban crítica hace 20 años, ahora hay varios, aunque igual es poco”.

En una línea similar a la de Maturana, Matías Rivas señala que “hubo una renovación, pero yo creo que los críticos no tienen que ser un aporte. Tienen que hacer

su pega, y ese es el aporte: dar su opinión, escribir claramente, ese es el aporte que yo veo. Yo pienso que la nueva generación el aporte es que tiene nuevas lecturas”.

Rivas añade que “los nuevos escritores exigen nuevos lectores. Yo creo que aporte de la nueva crítica es que es más libre, que no está vinculada a los grandes consorcios. Bisama, por ejemplo, escribe en El Mercurio, pero escribe también en muchas partes más. Zambra lo mismo. Es libre, es irrespetuosa, en el sentido que no respetan a los grandes escritores y yo creo que ese es un aporte”.

Para el escritor Alejandro Lavquén “esa generación crece paralelamente a los poetas llamados ‘Poquita Fe’. Explica que “para funcionar en Chile, se necesita formar grupos de poder e iniciar contactos. En el caso de la literatura se debe tener contacto con la prensa para poder difundir su obra. Entonces, este grupo de críticos nace en Rocinante y adquiere un gran prestigio y la mayoría de los libros que se comentaron ahí son libros de autores de Poquita Fe, dejando a muchos autores fuera”.

El periodista Iván Quezada, en cambio, es más suspicaz y cree que “esa fue una movida de marketing muy buena”. Para él, “fueron algunos críticos que tuvieron buena llegada con los directores de los medios, especialmente con El Mercurio. En COPESA también escribieron, pero no creo que haya sido una cuestión de fondo”.

Con otra visión se alza Alejandro Zambra, quien sí cree “que hubo una cierta emergencia crítica y yo creo que sí gente como Álvaro Bisama, Roberto Contreras, el Jaime Pino...yo creo que llegó al medio y se fue. Pasó”. Pero el autor de Bonsái supone que “fue una despercudida, un reordenamiento del naipe que precede a otro

reordenamiento, al que venga ahora. Si había algo en común es que ninguno quería transformarse en un pope, o sea, pudimos renunciar”.

Agrega que “en el caso de Bisama y el mío ambos éramos escritores y enfrentábamos la crítica en un formato no muy distinto al de la creación y Álvaro se transformó en un sujeto que está en los bordes de la crítica y que por ende evadió las responsabilidades del crítico. Yo, por mi lado, me fui, ya no hago crítica”.

Según Grínor Rojo “es bueno que sigan creciendo”, aunque al pensar en una generación como tal, considera que “no fue todavía, que a lo mejor podrían llegar a algo”. En tanto, Camilo Marks observa la situación y cree que si bien “pudo haber una nueva generación, Alejandro Zambra se retiró. Bisama no hace crítica literaria. En El Mercurio por lo menos no. Hace algo muy de cultura pop. No sé si abandonó la crítica literaria”.

Patricia Espinosa, desde otra perspectiva, dice que “el concepto generación es inoperante en términos teóricos. Obvio que hay nuevos nombres, pero también viejos reciclados, que no logran articularse como grupo. Son personas muy discretas, encantadoras a veces, unos verdaderos caballeros, que en algunos casos caen en un servilismo innecesario con el medio en el que escriben. Quiero insistir en que la nueva camada de nuevos y viejos reciclados, ha utilizado la crítica literaria como plataforma para publicar libros en grandes editoriales y para obtener trabajo en universidades privadas”.

Para el periodista de Revista de Libros de El Mercurio, Álvaro Matus, la única forma de hacerse un nombre en la crítica es manteniendo una presencia y regularidad

a lo largo de varios años. Esto “no sucede con esta camada”<sup>110</sup>, puesto que Bisama “derivó en el columnismo, Espinosa se concentró en la academia, Zambra privilegió su proyecto creativo y Mao, si bien sigue en pie, ha perdido periodicidad en The Clinic”<sup>111</sup>.

---

<sup>110</sup> MATUS, Álvaro. Op. cit. Pag. 38.

<sup>111</sup> Ibid.

## 6.5 Estado de la crítica actual

Para Guillermo Sucre, “es evidente que la crítica hispanoamericana no ha tenido verdadera eficacia: más que iluminar las obras y su contexto estético-cultural, parece haberse orientado hacia la mera información o la descripción externa”<sup>112</sup>. Esta descripción claramente se podría aplicar también a la situación de la crítica en Chile. Pero Sucre, en un tono más esperanzador, afirma que “la nueva crítica, al definirse como subjetiva es ciertamente más sincera y eficaz; al asumir sus propios riesgos, esclarece el destino mismo de toda labor literaria: una perpetua aventura por descifrar el mundo a través de la palabra”<sup>113</sup>.

Mas no todos ven tan positivamente las cosas. Eduardo Guerrero, en el Congreso de Concepción señaló que “en términos globales, considero que la escritura en los periódicos chilenos es pobre, de escasa creatividad y vuelo imaginativo, sin dejar de lado los eternos ‘traidores’ a la hora de corregir textos o avalar la publicación”<sup>114</sup>. Además, se refirió al poco espacio destinado tanto a la crítica como a la cultura, catalogándolo de insuficiente: “la mayoría de las veces el disponer de una carilla y media para criticar un determinado libro, es insuficiente, pero a fin de cuentas permite un válido ejercicio intelectual”<sup>115</sup>.

En la misma instancia, Adolfo de Nordenflycht, en comparación con la situación vivida en esa época y que, por supuesto, podría aplicarse luego de más de una década, señaló que el ideal sería “una crítica que no se limite a tratar los libros como

---

<sup>112</sup> SUCRE, Guillermo. Op. cit. Pag. 266.

<sup>113</sup> SUCRE, Guillermo. Op. cit. Pag.264.

<sup>114</sup> GUERRERO, Eduardo. Op. cit. Pag. 90.

<sup>115</sup> Ibid.

noticias; esto es, jugar al juego de las novedades editoriales. La reseña que suplanta al crítica y la interviú al diálogo dan buena cuenta de cómo los medios llamados de comunicación, imponen el poder concentrado en ellos (en esa feroz caricatura que es la industria de la cultura) para transformar el ‘discurso de la experiencia colectiva en un discurso que reconstruye la subjetividad como serialidad’, coartando así el peligro de la libertaria imaginación, abortando su contagio colectivo”<sup>116</sup>. Incluso expuso que “al crítico contemporáneo, se ha repetido de distintas maneras, le bastaría con cumplir reflexivamente el rol que ha tenido la crítica moderna desde su origen. En efecto, ella abrió, al amparo de la razón, el espacio de lo público a una instancia diversa del absolutismo del estado, haciendo ciudad e individuo, –experiencias frágiles por su propio surgimiento crítico–; hoy, en un nuevo giro, provisto por la crisis en que entra desde sí misma, la crítica se orientará a hacer libertad en cada uno de nosotros, calando hasta el hueso con el calor del abrazo.”<sup>117</sup> Pero, como señaló Luis Ernesto Cárcamo, “volver ‘digerible’ la literatura reclama una manera igualmente correlativa de abordarla: un discurso crítico sin capacidad crítica, carente de profundidad, adormecido por las fiebres promocionales del marketing, en muchos casos avaladas por irrefutables rankings de venta. Esta presión por comentar lo que luce en términos de mercado finalmente incorpora el problema de poder en la cultura, en cuanto en su génesis –por lo general- se entrecruzan los intereses macroempresariales de determinados medios de comunicación y determinadas industrias editoriales”<sup>118</sup>.

Pero si la crítica periodística, a modo de compensación por el pequeño espacio que se le da, “opta por otro cauce, de mayor espesor, más vinculado a la generación de procesos literarios independientemente de sus efectos inmediatos de consumo se situará en un terreno menos ‘valorado’ desde el punto de vista de transacciones económicas. Los medios de comunicación ‘dejan hacer’ invirtiendo el mínimo en sus

---

<sup>116</sup> DE NORDENFLYCHT, Adolfo. Op. cit. Pag. 147.

<sup>117</sup> Ibid.

<sup>118</sup> CÁRCAMO, Luis Ernesto. Op. cit. Pag. 151.

páginas literarias o, en su defecto, circunscribiendo la crítica a acotadísimos y económicos espacios”<sup>119</sup>.

La figura del monocrítico o del supercrítico de antaño ya no se nombra si no es para decir que las condiciones actuales no permiten que se den. Al respecto, Bernardo Subercaseaux dice: “en el conjunto del sistema no tienen ya ni el peso ni la autoridad que solían tener, debido sobre todo a que el horizonte de la crítica se ha ampliado ostensiblemente, tanto en número como en perspectivas.”<sup>120</sup> Refiriéndose al mismo tema, Alejandro Lavquén, señala que “los críticos, al igual que todos los chilenos, tienen una mentalidad oligárquica y no soportan más que un par de autores”. Apoyando esta afirmación, Camilo Marks dice que “en Chile, por algún motivo que no entiendo bien, siempre ha habido la tendencia al monocrítico. Uno, dos o tres críticos. Eso se terminó ahora. Históricamente los que escribieron más tiempo fueron Omer Emeth (Emilio Vaisse), Alone y después Ignacio Valente. Hubo otros críticos más. Ahora, en cambio, hay muchos críticos jóvenes”. Pero la situación no le parece tan favorable al crítico literario de la Revista de Libros de El Mercurio: “el problema es que pasamos del monocrítico a tener cien críticos. El panorama lo veo un poco débil porque hay poca paciencia. La misma gente joven escribe mucho y después se cansa y se va a escribir a otra parte”.

Aunque Subercaseaux habla de un horizonte más amplio, habría que agregarle que se trata de un horizonte también más cerrado debido a la concentración de los medios escritos y la falta de diversidad que se señala más arriba. Acerca de este tema, el mismo autor señala que “la exclusión de la vida pública de importantes sectores y la desarticulación de espacios sociales, con el consiguiente estrechamiento e inhibición del universo ideológico-cultural es en el caso chileno un fenómeno bien conocido.”<sup>121</sup>

---

<sup>119</sup> Ibid.

<sup>120</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Op. Cit. Pag. 1.

<sup>121</sup> SUBERCASEAUX, Bernardo. Op. cit. Pag. 16.

Podríamos aventurar que la situación a la que se refiere el autor continúa agudizándose.

Ratificando esta afirmación la crítico Patricia Espinosa expresa que su “tesis es que El Mercurio hoy controla el campo de la crítica literaria chilena: Bisama, Zambra, Marks, Pinto, Ayala, Rojo”. Agrega que si pensamos en Chile, “la crítica literaria tiene un peso mínimo. Sin embargo los críticos que publican en El Mercurio han logrado posicionarse demasiado bien en nuestro pequeño campo. Lo cual significa que para el medio literario, sus opiniones se han vuelto centrales. Si preguntas a ‘dedo’ por el nombre de un crítico, te aseguro que aparecerán sólo los nombres de los críticos del consorcio mercurial”.

Respecto al estado actual de la crítica literaria en prensa, la académica del Instituto de Estética de la Universidad Católica indica que “se ha volcado a la construcción de un gran simulacro. Ni metalenguaje, ni método, pero tampoco hundida en la contingencia”. En este sentido, además, Espinosa apunta que la crítica medial se liga en exceso al presente, a la “novedad editorial” en el afán enfermizo de “llegar primero”, “en un esfuerzo notable por desautorizar a la tarea crítica de cualquier aproximación a las instancias del control”.

Espinosa añade que hay problemas como “la burocratización, el amiguismo, la falta de ética, la complicidad con el mercado, con las editoriales, con los amigos. Hoy varios críticos en Chile publican novelas, lo cual significa que se ponen de rodillas ante cada texto generado por la transnacional donde les interesa situar su obra”. Para ella, los críticos de hoy muchas veces actúan como esclavos de los editores. “Hay un temor tremendo a ‘desaparecer’, a dejar de ser visibles; por lo tanto si pueden vender a su madre lo harán sin dudarlo. Los críticos de hoy desprecian casi toda la literatura

nacional; vomitan sobre cualquier texto proveniente de editoriales independientes y especialmente si son de poesía. Los críticos chilenos critican bien a los poderosos y hacen polvo a los marginales o anónimos o sujetos que no tengan poder”.

Según el periodista Iván Quezada “la crítica literaria está convertida en una caja de resonancia del comercio de los libros, que no es un buen comercio. Se ha vuelto un poco frívolo, para defender los intereses personales de unos y otros. La crítica literaria importan tan poco ahora y hay tan poco espacio para ella que nadie se fija. Los directores de los diarios, los gerentes de las empresas no leen las críticas”.

En tanto, Rodrigo Pinto tiene la impresión de que “los medios del duopolio, a falta de medios ideológicamente diversos, han optado por construir espacios plurales dentro de los mismos medios. No hay una uniformidad. Hay pocos espacios, pero no son uniformes y admiten la diversidad y la expresión de diferentes miradas”. Una opinión muy diferente tiene Patricia Espinosa, quien cree que “es un estado en extremo decadente. No hay diversidad de voces, veo más bien homogeneidad. No hay prensa independiente ni críticos independientes a la ideología del medio. Muchos críticos suponen que son independientes porque se dedican a realizar una crítica sosa, que desvincula al texto de la historia, el poder, la ideología. Prefieren no meterse en las patas de los caballos, “hacerse los tontos” es la gran jugada, y con ello asegurar su pega y relaciones sociales que los llevan hoy en día a cumplir funciones docentes en múltiples universidades privadas. Universidades que más bien parecen colegios, ya que no realizan investigación como por ejemplo sucede en la UC, la U. de Chile o la de Concepción”.

Para Matías Rivas la crítica en prensa pasa por un buen momento, a pesar de lo que pueden opinar los demás entrevistados. “Creo que eso de que está horrible es

más bien la opinión de los escritores. Porque yo pienso que como nunca hay una buena cantidad de críticos: en la Revista de Libros, en la Revista del Sábado, Artes y Letras, también hay en Las Últimas Noticias, The Clinic, Revista Caras, entonces ¿cómo va a estar mal si nunca había habido tantos críticos literarios?” Para el Director de Extensión y publicaciones de la Universidad Diego Portales el problema “es que los críticos están cada vez menos complacientes con la literatura chilena, lo que hace que haya muchos problemas con los escritores”. Contrario a lo expresado por Rivas, Grínor Rojo cree que “no hay crítica pública. Porque es muy mala, terriblemente mala. Porque es ignorante, porque desconoce el material con el que trabaja, porque no tiene ninguna formación teórica, ninguna formación metodológica, porque los juicios son arbitrarios, porque escriben mal”.

Más conciliador se muestra Alejandro Zambra, pues piensa que “siempre el estado de la crítica es malo. Y eso no sé si tiene mucho que ver con el duopolio. Eso tiene que ver con la dificultad intrínseca de la crítica”. Este problema se debe, en sus palabras, a que “por una parte, la crítica es difícil ya que implica hacerse cargo de algo que es ajeno a la naturaleza de producto de una obra literaria, que lo es, se compra. Es jodido porque muchas veces amenaza ese interés de bien de consumo. Siempre va a ser difícil. Encuentra un editor que te diga que le gusta que critiquen mal sus libros. Es difícil”.

La visión de Alejandro Lavquén es que “el estado de la crítica tiene mucha relación con los medios que hay en Chile. Una cosa es el duopolio y otra cosa son los espacios que, por ejemplo, en radio prácticamente no hay. Hay poco espacio”.

## 7. A modo de evaluación o Consideraciones Finales

Al revisar –a propósito de affaire Bonsái– la importancia que algunos autores le han dado a la crítica literaria, pudimos observar que dentro de las funciones que se le atribuyen, las más importantes serían la interpretativa y la valorativa, siendo esta última una característica fundamental.

Además, pudimos notar que la crítica literaria es considerada como una expresión del sentido común de la época a la que pertenece y debería suponer un método de acercamiento a la obra literaria, dado que busca, entre otras cosas, orientar al lector. Por esto, el carácter secundario al que es relegada (respecto de los textos que analiza) debiera ser dejado atrás, dado que la crítica literaria no necesitaría justificación, pues sería el ejercicio de una libertad democrática.

El crítico, en tanto, debe ser un juez, dado que la función valorativa destaca como primordial en la crítica. También, tanto los entrevistados como los autores consultados, expresaron que los críticos deben tener independencia de criterio, hábitos de lectura muy sistemáticos y poseer una mirada sobre la literatura. Además, por supuesto, de escribir bien, de forma clara y expresando de un modo atractivo lo que se quiere decir sobre la obra literaria.

Para ser reconocido como un crítico debiera haber cierta continuidad y constancia en el quehacer. En este sentido, el poder que tiene el crítico de hacer lo que se quiera con la obra literaria no habría que desconocerlo.

Junto a esto, tenemos que la sensibilidad literaria es un tema que también importa a la hora de ser o considerarse un buen crítico, según los protagonistas de este reportaje., al igual que el estar informado por medio de diversos canales respecto a las novedades, otorgándoles una mayor resistencia a diferentes formatos de escritura.

La arbitrariedad del crítico debe estar explicitada de algún modo, para poder enfrentar los prejuicios naturales de cada uno y lograr transgredirlos si fuese necesario. La objetividad debe estar presente, en el sentido de deshacerse de amistades o rencores.

Si bien orientar es clave para la crítica literaria en prensa, respecto a la posible creación de un gusto literario existen discrepancias, pues algunos de los entrevistados creen que es innegable que se dé así, mientras otros dicen que es imposible e incluso inocente pensar de ese modo.

En cuanto a la crítica literaria en prensa, se expresó que se trata de una estrategia textual, ética, estética, crítica e incluso narrativa situada entre el escritor y los lectores, que debiera poder elaborar un lenguaje propio y libre de tecnicismos.

La crítica literaria en prensa, gracias al recorrido por los autores invitados y por las voces protagonistas de este reportaje, podemos decir, debe poder situar y valorar la obra a la que se refiere, ser capaz de articular las voces dominadas o desplazadas,

vale decir, hablar desde el borde, salir del centro hegemónico de poder (tanto fáctico como comercial, social y político) y mirar hacia los difusos límites.

Asimismo, debiera tratar de superar el ámbito informativo al que por diversas razones ha sido relegada. Debe contar con un carácter subjetivo asumido y ser capaz de interpretar un texto. Además, tendría que poder dar cuenta –explícita o implícitamente– del ideograma tanto de la obra aludida como de la crítica misma. Asimismo, debe poseer un método y poder elaborar su propio lenguaje.

El lector de la crítica importa para los críticos en el sentido que se buscaría estimular la lectura, pero no se le trata de enseñar ni ser didácticos.

Por otro lado, el ensayo se enarbola como la forma ideal que debiera tomar la crítica literaria en prensa debido a las múltiples temáticas que habría que abordar en ella, aunque según algunos de los entrevistados también podría ser la columna de opinión. Pero es el ensayo el que aparece como espacio simbólico a ser ocupado por la crítica, independiente de la naturaleza académica o no de su autor.

Revisando el estado de la crítica actual, los entrevistados creen que se ha orientado a la mera información o descripción, que los espacios cada vez más pequeños, llegando a ser insuficientes. Los entrevistados consideran que la crítica literaria en prensa no debiera limitarse a lo noticioso, al golpe, para poder de ese modo también distanciarse un poco del juego de las novedades editoriales.

En este sentido, el crítico debe saber negociar muy bien, pues al situarse en un terreno más alejado del consumo quedaría emplazada en una zona menos valorado desde el punto de vista de las empresas a las que pertenecen los medios de comunicación.

Si bien el horizonte parece más amplio en el sentido de la multitud de voces que se pueden encontrar, también sería uno más cerrado, debido a la concentración de los medios escritos. En este sentido, la diversidad sólo se daría dentro de los mismos medios.

También pudimos apreciar que el tema de la importancia de la crítica literaria concita variadas opiniones. Entre ellas, podemos encontrar a quienes piensan que tiene un peso mínimo en nuestra sociedad y los que creen que se ha transformado en una caja de resonancia del mercado editorial. Esto, además, de la falta de espacio a la que se enfrentan los críticos día a día. Aún así, algunos (pocos) entrevistados creen que la crítica literaria en prensa vive un buen momento.

Respecto a los vicios en que los críticos suelen caer, tenemos el amiguismo, la burocratización, la falta de ética y la complicidad con el mercado. Asimismo, se destaca la falta de profundidad en que se cae al dejarse llevar por el golpe noticioso.

La crítica académica, en tanto, se ve alejada de los medios, enclaustrada. Se dice, incluso, que no es crítica, pues no emitiría juicios de valor. Por otro lado, los críticos expresan que su cuerpo de estudio es más grande, que puede producir conocimiento y que, de este modo, es más rigurosa que la crítica literaria en prensa, pero que se ve como esclava del método y atrasada.

Casi unánimemente los críticos creen que no existiría la superioridad de un tipo de crítica sobre otra y lo que faltaría sería un puente que conectara a estos dos subcampos de la crítica, para generar una relación de mutua alimentación.

Considerarse crítico, a estas alturas, parece casi un crimen. Y esa es justamente la actitud que la mayoría de los entrevistados toman: que son reseñistas, comentaristas, que dan a conocer libros, ex críticos. En resumidas cuentas, se atribuyen cualquier epíteto, menos el de crítico literario.

En relación con los aspectos económicos, encontramos que las remuneraciones que reciben los críticos son muy bajas. Esta situación deriva en una crítica realizada poco profesionalmente, pues deben realizar muchos otros trabajos para contar con un sueldo más o menos digno, todo esto, en desmedro del tiempo y la profundidad que se le da a la crítica.

Sobre la situación de los medios de comunicación escritos, la Revista de Libros de El Mercurio es vista como el espacio más constante en cuanto a crítica literaria en prensa dado que se ha mantenido por casi 18 años. Las opiniones son diversas y mientras algunos creen que es un espacio para la pluralidad de voces, otros consideran que se trata de un simulacro de multiplicidad, pues se tendería más bien a la uniformidad. De todas formas, existe consenso en torno a la pérdida que significa el pasar del formato revista a un apéndice del cuerpo Artes y Letras de El Mercurio.

Respecto a la situación de La Tercera, los críticos expresan que es impresentable que no tenga un espacio de crítica literaria<sup>122</sup>. Esta situación se habría debido a un tipo de periodismo cultural que quiere vender, legitimar y sería completamente cómplice con el mercado, sin buscar ningún tipo de trizadura en el orden establecido o arriesgarse con algún elemento que esté fuera del centro.

En cuanto a la experiencia de la desaparecida revista Rocinante, se dice que su extinción indicaría un paso más hacia la monotonía de voces y de medios en el subcampo de la crítica literaria. Entre las razones que esbozan para explicar su cierre está su mala estrategia económica y que habría dependido demasiado del apoyo estatal; los problemas para hacerse cargo de la dualidad entre lo que significa una revista que se vende en kioscos y una tendencia académica. Este último argumento habría a su vez incidido en que se cerrara sobre sí misma, sin poder observar lo que un público más amplio estaría dispuesto a leer y en la consiguiente poca sintonía con la gente.

Hablar de la eventual emergencia de una nueva generación de críticos parece ser demasiado prematuro y concordamos en que puede haber sido más bien una idea marketeada más que un correlato de la realidad. No obstante se pueda observar desde principio de la década de 2000 un incremento en la diversidad de voces, éstas son móviles y la caída de Rocinante sólo contribuyó a que el duopolio COPESA-Mercurio acaparara todo el mercado de la crítica literaria en prensa escrita, con la consiguiente uniformidad de voces, generando suspicacias al hablar de una posible generación. Asimismo, al perder espacio, la crítica y los críticos se ven obligados a moverse de un medio a otro y de un quehacer a otro.

---

<sup>122</sup> Esto, puesto que las entrevistas a los críticos literarios fueron realizadas con anterioridad a la salida del suplemento Cultura, del diario La Tercera, donde sí se puede encontrar con crítica literaria.

Toda esta situación deja al público sin una brújula clara que los oriente o les dé las armas para acercarse a una obra literaria. Se pierden espacios, una revista pasa a ser un apéndice del cuerpo de un diario, a otro periódico no le interesa tener crítica literaria seria. Los críticos entrevistados se dan cuenta de esta situación y no les es indiferente, pero no ven muchas formas de hacerle frente o derechamente revertirla.

Por todo lo anterior, luego de abordar este panorama de la crítica literaria en prensa en el período 2000-2006, podemos ver que hoy nos encontramos frente a un ejercicio de la crítica literaria que actúa como mero mediador entre los libros-productos y los lectores-consumidores –como un correlato del mercado– desprovisto de análisis sistemáticos, profesionales y comprometidos con guiar al público bajo un interés prioritariamente estético. Es decir, no contamos con una crítica auténticamente independiente.

## 8. Fuentes Testimoniales

-Ayala, Ernesto. Es periodista y escritor. Gerente de contenidos de Bazoooca.com Autor de cinco libros. Ex redactor de la Revista Capital, y ex coordinador de la Revista del Domingo y la Zona de Contacto del diario El Mercurio. Profesor Escuela de Periodismo, Universidad Adolfo Ibáñez y crítico literario de Artes y Letras desde septiembre de 2005. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 6 de julio de 2006.

-Coloma, Marco Antonio. Licenciado en Literatura de la Universidad de Chile. Director de las editoriales Frasis y Ciertopez. Desde 2002 y hasta 2004 escribió crítica literaria en el semanario El Periodista. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 31 de marzo de 2006.

-Espinosa, Patricia. Magíster, Doctor (c) en Literatura, Crítica Literaria. Profesora de Literatura del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile y profesora del Instituto de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se desempeñó como crítica literaria estable de la revista Rocinante entre los años 1998 y 2005. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 10 de noviembre de 2006.

-Lavquén, Alejandro. Escritor. Entre los años 2000 y 2005 condujo en radio Nuevo Mundo el programa literario *De Puño y Letra*. Desde 1998 colabora en el quincenario Punto Final, donde realiza comentarios de libros. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 2 de octubre de 2006.

-Marks, Camilo. Abogado de la Universidad de Chile. Post-grado en la Organización Iberoamericana de Seguridad Social (OISS), Madrid, España. Master en Literatura Inglesa en el Politécnico Central de Londres. Crítico estable de la Revista de Libros, El Mercurio, desde 1999. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 10 de julio de 2006.

-Maturana, Marcelo. Antropólogo de la Universidad de Chile. Durante el año 2004 escribió reseñas de libros en el diario La Nación. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 28 de junio de 2006.

-Pinto, Rodrigo. Estudió Filosofía en la Universidad de Chile y Pedagogía en Castellano en la Universidad Católica, aunque nunca se tituló de profesor. Por años publicó crítica literaria en la revista Caras y desde el año 2003 lo realiza establemente en la revista El Sábado, de El Mercurio. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 29 de junio de 2006.

-Quezada, Iván. Escritor y periodista. Desde 1988 practica el periodismo cultural en diversos medios: en las revistas Qué Pasa, Hoy y Rocinante, donde realizó crítica literaria. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 23 de enero de 2007.

-Rivas, Matías. Poeta y editor. Director de Extensión y publicaciones de la Universidad. Área estética y Teoría Literaria. Director de Ediciones de la Universidad Diego Portales. Desde el año 2001 escribe crítica literaria para el quincenario The Clinic. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 12 de julio de 2006.

-Rojo, Grínor. Profesor titular de la Universidad de Chile. Enseña Teoría Crítica en el Postgrado en Literatura de la Universidad y también en el Magíster y el Doctorado de Estudios Latinoamericanos. Esto, en el Centro de Estudios Latinoamericano que dirige. Además, escribe una columna sobre poesía en Artes y Letras de El Mercurio que aparece cada tres semanas. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 2 de agosto de 2006.

-Zamora, Alejandro. Estudió literatura en la Universidad de Chile. Profesor de literatura en la universidad Diego Portales y entre 2002 y 2005 escribió crítica literaria para el diario Las Últimas Noticias. Entrevista con la autora. Santiago de Chile, 5 de julio de 2006.

## 9. Fuentes bibliográficas

### Publicaciones periódicas

Diario La Tercera. Chile. Santiago de Chile. 13 de mayo de 2006.

Quincenario The Clinic. Chile. Santiago de Chile. 23 de marzo de 2006, 6 de abril de 2006 y 20 de abril de 2006.

Diario Siete. Chile. Santiago de Chile. 5 de febrero de 2006, 25 de abril de 2006 y 7 de mayo de 2006.

Diario Las Últimas Noticias. Chile. Santiago de Chile. 30 de abril de 2006.

### Libros

ALONSO, María Nieves. RODRÍGUEZ, Mario. TRIVIÑOS, Gilberto (editores). La crítica literaria chilena. Concepción, Chile: Editora Aníbal Pinto, 1995. 203 p.

ANDERSON IMBERT, Enrique. La crítica literaria: sus métodos y problemas. Madrid: Alianza Editorial, 1984. 159 p.

ANGENOT, Marc. Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias. Córdoba: Editorial Universidad Nacional de Córdoba, 1998. 219 p.

BARTHES, Roland. Ensayos críticos. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta, 2003. 380 p.

CROS, Edmund. "El sujeto cultural": Sociocrítica y psicoanálisis. Buenos Aires: Corregidor, 1998. 158p.

DE TORRE, Guillermo. Nuevas direcciones de la crítica literaria. Madrid: Alianza Editorial, 1970, 212 p.

EAGLETON, Terry. La función de la crítica. Barcelona: Editorial Paidós, 143 p.

ELIOT, T.S. Criticar al crítico y otros escritos. Madrid: Alianza Editorial, 1967. 256 p.

ELIOT, T. S. Función de la poesía y función de la crítica. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1968. 165 p.

FERNÁNDEZ MORENO, César (coord.). América Latina en su literatura. París: Siglo XXI Editores, 1972. 512 p.

FLACHSLAND, Cecilia. Pierre Bourdieu y el capital simbólico. Madrid: Campo de Ideas, 2003. p. 48.

PIGLIA, Ricardo. Crítica y ficción. Barcelona: Editorial Anagrama, 2001. 226 p.

RANCIÈRE, Jacques. El desacuerdo. Política y filosofía. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996. 175 p.

RICHARDS, Ivor Armstrong. Fundamentos de crítica literaria. Buenos Aires: Editorial Huemul, 1976. 195 p.

SAID, Edward. El mundo, el texto y el crítico. Barcelona: Random House Mondadori, 1983. 431 p.

SAID, Edward. Humanismo y crítica democrática. La responsabilidad pública de escritores e intelectuales. Barcelona: Random House Mondadori. 2006.184 p.

SUBERCASEAUX, Bernardo. Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982. Santiago: CENECA, 1983. 34 p.

### **Tesis, tesinas y seminarios**

OCHOA, María Alejandra. De la crítica letrada a la crítica comunicacional: crítica literaria en los medios de comunicación de masas en la segunda mitad del siglo XX en Chile. Tesis para optar al grado de doctor en literatura con mención en literatura chilena e hispanoamericana. Universidad de Chile, 2003. 222 p.

### **Documentos y revistas**

ESPINOSA, Patricia. 2003. Bienvenidos al club de la pelea. En Revista Libros & Lectores N°2. Pags.52-54.

JOFRÉ, Manuel. 1999. La crítica literaria en la Universidad y en periodismo. Actas del Congreso SOCHEL, Santiago de Chile, RIL Editores, Pags. 264-266.

MATUS, Álvaro. El día del juicio. En Revista Dossier N°4 de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales. Marzo 2007. Pags.

MORALES, Leonidas. 1996. Revista chilena de literatura, N° 49. Universidad de Chile. Santiago. Chile. Pags. 83-94.

SUBERCASEAUX, Bernardo. Historia "personal" de la crítica literaria en Chile. En Revista Dossier N°4 de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales. Marzo 2007. Pags.

VAN DIJK, Teun. 2005. Discurso, conocimiento e ideología. En CIC: Cuadernos de Información y Comunicación, Universidad Complutense, Facultad de Ciencias de la Información, Departamento de Periodismo. Editorial Servicios de Publicaciones de la Universidad Complutense. Madrid. España. Pags. 285-318.

Sra. Ximena Póo  
Jefa de Carrera  
Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile

Estimada Sra. Póo: a continuación expongo a Ud. el Informe con nota sobre la Memoria de Título: “Panorama de la crítica literaria chilena en el periodo 2000-2006. A propósito del affaire *Bonsái* y el poder disruptor de la polémica” de la alumna Daniela Acosta Belaunde.

Informe de Memoria de Título:

El reportaje realizado por Daniela Acosta delimita un exhaustivo corpus de sujetos críticos que se ha dedicado a ejercer la crítica literaria en prensa durante los seis últimos años del siglo XX. Se interroga sobre la posibilidad de estar ante una crítica auténticamente independiente o si la crítica literaria chilena, en el período 2000-2006, opera como mero mediador entre los libros-productos y los lectores-consumidores –un correlato del mercado– desprovisto de análisis/lecturas capaces de guiar al público, de situar el texto en sus coordenadas socio-históricas, de evaluar desde el cruce estético-político la literatura; específicamente la chilena.

Quiero destacar el rigor con que la tesista ha trabajado en términos investigativos. Su trabajo da cuenta de una amplia búsqueda de textos en torno a la crítica -que excede el período estudiado- que le permite aproximarse a una definición de “crítica literaria” sustentada en un variado y prestigioso grupo de teóricos; lo cual devela un conocimiento amplio y fundamental de la tesista, sobre cómo se aborda la crítica literaria en Chile en la Academia y medios de prensa. Sin embargo, lo central de su trabajo, es recoger la totalidad de las voces que han ejercido la crítica en el período seleccionado; arduas búsquedas de

material crítico de cada uno de los entrevistados preceden a las minuciosas entrevistas que luego le sirven de base para instalar sus reflexiones sobre el tema abordado. La autora de este trabajo llega finalmente a concluir, que la crítica literaria chilena no solo carece de independencia, sino que tampoco orienta estética ni profesionalmente al público. Incumpliendo con ello una de sus funciones prioritarias en el sistema de creación y difusión literaria: hacer de puente-mediador estético/crítico/problematizador entre la creación literaria y los lectores. Lo anterior incide en la invisibilización de muchos creadores que no acceden a los circuitos de difusión literarias; es decir, a la crítica. Constata así, la instalación de un sistema de exclusión de muchos autores quienes deben optar por escribir o no de acuerdo a los requerimientos del mercado.

Daniela Acosta ha investigado un tema tremendamente importante para el devenir cultural chileno; sin embargo, debo reconocer, ignorado, desvalorizado incluso por los propios sujetos que ejercen la crítica literaria. Esta investigación se vuelve así un trabajo fundamental para los estudios académicos sobre la crítica literaria en prensa chilena que cierra el siglo XX. Sin duda que este reportaje -cuya marca distintiva es el develar además la propia voz crítica de la autora- podría convertirse en un libro en el cual no sólo se expone el panorama de la crítica literaria en los medios escritos en el período 2000-2006, sino que también se aborda teórica e históricamente la crítica periodística, su función y problemáticas, contrastándola, además, con la que se ejerce al interior de la Academia.

Mi opinión final sobre el trabajo realizado por la tesista- destacando la metodología de trabajo, su rigor investigativo, sus capacidades analíticas y críticas- es de alta excelencia. Es por ello que mi calificación es un siete (7.0).

Saludos cordiales,

Patricia Espinosa H.

Profesora Guía

Santiago 14 de abril de 2008.

## INFORME DE MEMORIA DE TITULO

**Título:** "Panorama de la crítica literaria chilena en el periodo 2000-2006. A propósito del affaire Bonsái y el poder disruptor de la polémica".

**Autora:** Daniela Acosta

**Profesora guía:** Patricia Espinosa

**Santiago, 14 de mayo de 2008.**

La memoria presentada por la estudiante Daniela Acosta otorga una relevancia especial a una manifestación cultural que va más allá del género al que supone suscribirse. La autora revisa el papel del crítico, buscando definiciones imposibles de no cruzar entre unas y otras. Rescata al crítico en contexto, del que se hacen eco académicos chilenos como Grínor Rojo. Y llega así al estudio de campo, al ejercicio de la crítica literaria en los medios chilenos, abordando un tema que ya ha sido abordado por estudiantes de esta misma escuela, con énfasis diversos.

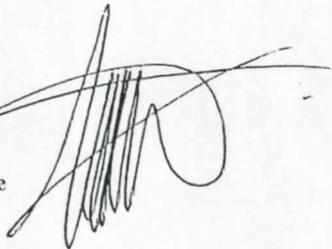
De paso, la autora nos vincula con la Nueva Narrativa y todo el aparato que la industria cultural construyó a partir de artefactos literarios que sirvieron para nutrir los escaparates en el día a día de una transición eufórica e imperfecta, en los años 90, y que ya en la mitad de la década posterior decantó subvertida en su propia polémica.

Interesantes, de igual forma, resultan las entrevistas en esta investigación a mediocamino entre el ensayo y el reportaje. Todos hablan de un "deber ser" discutible en todo caso. Y pone en entredicho el valor de ser crítico actualmente, cuando la supuesta crítica no es más que reseña, comentario. Es por eso que el texto también resulta un texto crítico, y ahí es donde radicaría su mayor valor. Los medios le temen a la crítica, y sobre todo a la buena crítica literaria, que es cultural, social y política al mismo tiempo.

Por todo lo anterior, califico la memoria presentada con un 6,5

Atentamente,

Ximena Póo F.  
Profesora Asistente



## **INFORME DE MEMORIA**

**Alumna : Daniela Acosta Belaúnde**

**Título Memoria: "Panorama de la crítica literaria chilena en el período 200-2006. A propósito del affaire Bonsái y el poder disruptor de la polémica"**

**Profesor Guía : Patricia Espinoza**

1.- La investigación realizada sobre este tema fue desarrollada de manera acuciosa y acorde al nivel de exigencia propio de una investigación periodística. A ello colaboró el hecho de haber delimitado un tema y construido un problema de estudio con suficiente claridad y precisión. De igual modo y como consecuencia de lo anterior, la memorista se planteó objetivos precisos y construyó una hipótesis que daba cuenta de un aspecto medular del tema planteado.

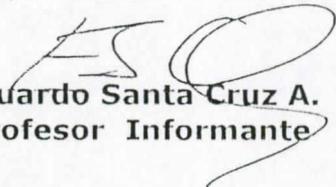
2.- El texto cumple con el propósito de mostrar un ámbito, como el de la crítica literaria en Chile, pequeño y enclaustrado. En ese sentido, transmite una sensación de encierro y "falta de aire", lo que podría traducirse en alguna mirada como un defecto de la redacción, al hacerse una tanto repetitiva y circular. Sin embargo, da la sensación, también, que esa es una característica del objeto estudiado.

3.- Se echa un poco de menos una toma de mayor distancia, a nivel por ejemplo de las conclusiones, especialmente, por parte de la autora, para hacer ver más nítidamente lo anterior. En ese sentido, las conclusiones son más bien descriptivas y tienen el carácter de resumen, con lo que termina por cerrarse el círculo. Por ello, el trabajo que se ofrece cumple satisfactoriamente con los requerimientos necesarios para alcanzar un nivel destacado, lo que se expresa en la evaluación que se detalla a continuación:

## PAUTA DE EVALUACION

- |  |   |     |
|--|---|-----|
| 1.- Formulación del problema                                   | : | 6.5 |
| 2.- Claridad objetivos e hipótesis                             | : | 7-0 |
| 3.- Bibliografía y fuentes consultadas                         | : | 7.0 |
| 4.- Consistencia entre objetivos, hipótesis:<br>y conclusiones | : | 6.0 |
| 5.- Redacción, claridad y normas MLA                           | : | 6.0 |

**NOTA: 6.5**

  
**Eduardo Santa Cruz A.**  
**Profesor Informante**

Stgo., Mayo 2008.